

# La Peonza Musical

Parte 2





# Los Gurús de la Lluvia

Esta es la segunda parte de las tres que componen la historia de los Gurús de la Lluvia.

Esta historia está publicada en colaboración con la acción de la UE, Kids4Future, EIE/06/204/SI2.447395, "Creating Actions among Energy Conscious Children – Combining Education, Communication and Energy Knowledge in an Integrated Approach for a Sustainable Future".

## Sobre el autor

Klaus Hagerup es el autor del universo de los Gurús de la Lluvia. Nació en Oslo en 1946. Es uno de los autores noruegos más conocidos, tanto de libros para niños como para adultos. Su madre, Inger Hagerup, es una escritora muy conocida y su padre escribió algunos libros para niños. Klaus Hagerup es también dramaturgo, instructor, traductor y actor.

© 2007 Enova SF/Regnmakerne  
Autor: Klaus Hagerup, Noruega  
Ilustraciones: Lars Hegdal, Noruega  
Traducido al inglés por Tim Challman  
Traducido al español por M. Ángeles Alonso Riera

ISBN:  
Depósito legal: M.

Tipografía: Myriad Pro 10.5/16 p  
Papel: A4

Impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Traducido al inglés por Tim Challman  
Traducido al español por M. Ángeles Alonso Riera

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de cualquiera de las partes de este libro sin permiso escrito del autor.  
Prohibido su uso comercial.



# **La Peonza Musical**

## **- Parte 2 -**





## LA BATALLA DE JONIA

Ramón salió como una flecha, disparado hacia cielo abierto. Había apretado sobre la espiral de la peonza usando incluso más fuerza que la vez anterior. No veía ningún resquicio en el escudo de gas que se cernía sobre él, pero ahora era demasiado tarde para rectificar el rumbo. Cerró los ojos, seguro de que se chocaría. Pero la capa de gas no era realmente un escudo: solo era gas. Antes no lo sabía, pero ahora ya sí. Echó una ojeada hacia abajo, detrás de sí. El cielo era azul y estaba vacío, pero él sabía que, ahí abajo en alguna parte, en el planeta Jonia, había 4 Gurús de la Lluvia esperando una ayuda que no estaba seguro de poder proporcionarles.







# Capítulo 1

## ROÑILANDIA

Ramón se agarró fuerte al mango de la peonza. Había ascendido rápidamente cuando voló a Jonia con Regina. Había volado como una flecha. No, de hecho había volado mucho más rápido que una flecha: había volado a la velocidad de la luz. No, no... Incluso más deprisa, porque todo estaba negro a su alrededor y eso solo podía significar que había dejado atrás a la propia luz. No está mal para ser un niño volando sobre una peonza -pensó. Se preguntaba cuánto tiempo habría estado en el aire.

No podía decirlo con exactitud porque su reloj se había parado y era como si el tiempo no existiese mientras él estuvo suspendido en el espacio. Todo lo que había oído era un sonido susurrante: el susurro del viento proveniente de estrellas y planetas no cartografiados. Uno de esos planetas era la Tierra. Ése era su destino. Allí es donde encontraría otros Gurús de la Lluvia que podrían volver con él y ayudar a salvar el planeta Jonia. Y eso tenía que ser antes de que Ronaldo Rodríguez pudiera comenzar su horrible competición "Usar y tirar", que destruiría para siempre el planeta ya dañado.

¿Dónde estaba la Tierra? No debería estar muy lejos, dada la velocidad a la que viajaba.

O...puede que no estuviera volando tan deprisa, después de todo. A lo mejor ya no quedaba energía en la peonza y se había parado... Quizá era el espacio el que se deslizaba rápidamente a su lado, mientras él estaba colgado en el cielo como un pequeño planeta viviente, a punto de morir. En ese caso, los Gurús de la Lluvia de Jonia tendrían que volar a la Tierra y, una vez allí, lo más probable es que Regina les contase a su madre y a su padre toda la historia.

– "Siento de veras tener que decirles esto, señores de Robles – diría - pero su hijo Ramón probablemente se haya convertido en un pequeño planeta muerto. Está en órbita en alguna parte, allá arriba, sentado cómodamente a salvo en una peonza."

Ramón se dio cuenta de que había empezado a llorar. ¿Qué clase de funeral le harían?

No podrían decir: "el polvo al polvo, las cenizas a las cenizas". No, sería más bien algo como: "Las cenizas a las cenizas, el polvo al aire". Y ¿cómo pondrían flores en su ataúd?

Las flores tendrían que ser enviadas por globos de aire caliente, pensó Ramón. "La mayoría de los funerales son tristes, pero el mío lo sería aún más".



Pero esto no podía estar sucediendo. Él y su peonza estaban llenos aún de energía debido al abrazo que Regina le había dado antes de que se marchase. Fue el abrazo más cálido que le habían dado en su vida y nunca jamás se había sentido tan fuerte como cuando pulsó la espiral de la peonza hasta el fondo antes de despegar hacia el espacio.

La cuestión era, pensó, si estaba volando en la dirección adecuada. Estaba completamente solo y antes, cuando voló hacia Jonia, había ido con Regina. Ella le había prometido que encontraría el camino con toda seguridad. ¿Cómo podía estar tan segura? Le había dicho que “debía usar la peonza igual que la había usado a la ida”. ¿Qué significaba eso? ¿Quería decir que la peonza le llevaría por el buen camino? Sí, debía ser eso, pero a él le resultaba muy difícil confiar en una peonza.

Se sobresaltó repentinamente. Había visto algo a lo lejos. Fue como si la oscuridad se abriese; como ver el final de un túnel o la entrada de una cueva. ¡Una cueva en el cielo! La cueva se abrió y él pudo ver más allá parpadeantes tonalidades rojizas, marrones y anaranjadas.

¡Por fin! ¡Era la Tierra! Ahora todo lo que tenía que hacer era entrar por el agujero, encontrar una nube de lluvia, empujarla bajo el sol y, cuando la lluvia provocase un arco iris, deslizarse por él. Solo esperaba no caer en África o en el Océano Pacífico. Un Gurú de la Lluvia flotando sobre una peonza en el Pacífico no sería de gran ayuda. “Bueno, bueno” – pensó – “cada problema a su tiempo”.

De repente estaba fuera de la oscuridad. El planeta brillaba de un rojizo oscuro en el rojo sangre de la luz solar. Ahora a encontrar una nube de lluvia. Divisó una y dirigió allí su peonza. Estaba convirtiéndose en un experto en eso ya. Incluso se imaginó que haría algunos viajes de vez en cuando por el espacio, una vez que hubiera salvado a Jonia de su destrucción. “No, Ramón Robles” – se recriminó a sí mismo – “no seas tan confiado; podrías muy bien no ser capaz de...”

En ese instante la peonza se adelantó y Ramón notó cómo cogía velocidad.

– “Me he ruborizado” – pensó – “me sentí tan avergonzado por el hecho de que me estaba felicitando a mí mismo, que me ruboricé y ahora haré bien en tener cuidado o esta peonza me llevará al fin del mundo”.

Ramón volvió a tomar el control de la peonza puso rumbo a la nube oscura y se acercó a ella sin ningún problema.

La lluvia cayó, pero dentro el aire era húmedo y caliente. Empezó a sudar como lo hacía cuando se acercaba una tormenta de rayos.

“Espero no estar dentro de un nubarrón de tormenta”- pensó – “No estoy especialmente interesado en llegar a la Tierra a la velocidad del rayo, pero es una posibilidad y ya he estado antes en circunstancias más difíciles”.

Volvió a girar en la peonza y empujó la nube para que un rayo de sol le diera exactamente en el ángulo adecuado. Salió de la nube y miró por todas partes. Debería haber un arco iris por allí, pero no vio ninguno: solo la densa lluvia, el rojo sol y el brillante planeta bajo él. Pero no había ningún arco iris... ¡Sí! ¡Allí! a menos de cincuenta metros un magnífico arco iris se alargaba hasta el planeta. Era un arco iris de verdad, estaba seguro, pero había algo raro. No era amarillo, ni naranja, ni rojo, ni verde ni azul, ni púrpura. Parecía como una calle asfaltada: era gris.

El arco iris era ancho y liso, casi como una autopista. Una autopista hacia la Tierra. ¡Era increíble! Pero ahora a Ramón ya nada le parecía increíble. Voló hacia ese arcoiris gris, bajó de la peonza y se deslizó por él hasta que aterrizó con un chapoteo.

Era la segunda vez que aterrizaba en el agua desde un arco iris, pero esta vez el estanque era mucho más pequeño que el del parque de Jonia. No tenía más de un metro de largo y era demasiado pequeño para nadar en él. Se puso de pie y descubrió que estaba en una bañera. Debía ser muy vieja y estaba hecha de algún metal, porque estaba empezando a oxidarse. Bueno, mejor dicho: estaba terminando de oxidarse.

La bañera empezó a venirse abajo y el agua en el que se encontraba estaba llena de costras roñosas flotando. ¡Qué suerte la suya! Se fijó en el agua. Era una mezcla de marrón, rojo, verde ponzoñoso y amarillo mantecoso. Ésta tenía que ser el agua más contaminada de todo el universo. Mucho peor que el agua del estanque del parque de Jonia y él estaba dentro de ella...¡No, ya no lo estaba! Ramón saltó fuera de la bañera a toda prisa. ¡Uf!

Miró alrededor. En todas direcciones había pilas de cosas que habían sido alguna vez cafeteras, bicicletas, relojes, trompetas, coches, tostadoras, microondas, televisores, reproductores de DVD y carretillas. Ahora solo eran cosas oxidadas que la gente había tirado. Las habían dejado en un vertedero. ¡Había aterrizado en un vertedero!

Pero ¿Dónde?, ¿En qué país? ¿Hablarían aquí su idioma? ¿Cómo llegaría a su casa? Afortunadamente la peonza estaba a su lado, cerca de la bañera oxidada pero seca, sin daños. No podía decir lo mismo de sí mismo. Estaba mojado y con algunas raspaduras. Todo le picaba y su ropa era del mismo color nauseabundo que el agua en la que había caído.

– “Necesito lavarme – se dijo a sí mismo- Tengo que encontrar un sitio en el que pueda lavarme”.

– “¿Por qué no te zambulles?”- dijo una voz oxidada detrás de él. Ramón se dio la vuelta. Al principio no supo si lo que veía era una persona o un robot, Pero entonces la diminuta criatura volvió a hablarle.

– “Yo puedo esperar mi baño”

Así que era una persona, después de todo. La persona más extraña que Ramón hubiera visto jamás. Y la más fea. El hombre que estaba ahí plantado mirándole no era ni la mitad de alto que él, pero no parecía un duende. Parecía... parecía un viejo y roñoso... horno. Sus piernas eran tan cortas que casi no había distancia entre sus caderas y sus pies. Era increíble que pudiese andar con esas piernas. Su cuerpo era redondo y parecía un viejo horno de hierro. Parecía que le habían pegado los brazos a los lados del cuerpo, sin codos, como horcas de jardinero que se hubieran usado para extender abono. Su nariz parecía un tubo de escape y su cabeza una chimenea, especialmente cuando unas nubecillas de humo negro salieron de su boca al soltar el aliento.

Por un momento Ramón pensó que había volado tan deprisa que había aterrizado en el pasado. Las ropas del hombrecillo parecían una especie de armadura. Puede que fuera un caballero pero, si lo era, tenía que ser un caballero muy pobre. Su armadura parecía que iba a desintegrarse en cualquier momento y grandes trozos de óxido caían de sus brazos cada vez que hablaba. Era gris, pero corpulento, a pesar de parecer que tenía por lo menos 90 años.

– “¿Por qué no te zambulles? – Repitió con voz ronca- Eso es lo que tenemos que hacer si queremos lavarnos en la suciedad”.

– “Lavarnos la suciedad, querrás decir” – dijo Ramón.

El viejo se rió. Sonó como un coche con los frenos estropeados chirriando para parar.

– “Nadie quiere lavarse la suciedad - aulló. ¡Eso te haría sentir bien!”

– “Está loco” – pensó Ramón. “A lo mejor también es peligroso. Tengo que irme de aquí.”

– “Perdón...” – dijo.

El hombrecillo no le respondió. Se había subido a un triciclo roñoso en el que no podía pedalear, porque sus piernas eran muy cortas.

– “Brrum, brrum...” - bramó. Brrum, brrum... Bueno, venga, ¡empújamos!”

Ramón no se atrevió a protestar. Se inclinó y empujó al hombrecito en su triciclo, preguntándose todo el tiempo como podría librarse de él.

– “¡Pí, pí!” – gritó el hombrecillo – “¡Brrum, brrum!”

– “Bueno...” - dijo Ramón cautelosamente – “¿dónde estamos?”

– “En casa, por supuesto” – dijo el hombrecillo.

– “¿En qué ... casa?” – preguntó Ramón, cada vez más ansioso.

– “En la casa en que vivimos, naturalmente” – dijo el viejecillo. “¡Oh, no, aquí viene mamá!”







Ramón volvió la cabeza y entonces dio un salto de casi un metro. A poca distancia un monstruo se acercaba a ellos. Se parecía al hombrecillo, pero era por lo menos 20 veces más grande, excepto en lo que se refería a las piernas, que, por suerte, eran igual de cortas. Se movía despacio a pasitos chicos, mientras la chimenea de su cabeza echaba ojeadas alrededor por el procedimiento de rotar a derecha e izquierda.

– “¡Roñy!” – chirrió el monstruo con una voz que sonó como una alarma anti aérea.  
“¿Dónde estás Roñy?”



– “Mamá quiere que me bañe” – explicó el hombrecillo. Ramón se dio cuenta de que el hombrecillo se llamaba Roñy. “Pero yo no quiero. ¿Puedes bañarte por mí, por favor? ¡No pares, no pares, sigue empujando!”

Ramón había dejado de empujar el triciclo y miraba fijamente a Roñy. Algo no andaba bien.

- “¿Cuántos años tienes” – preguntó suavemente...
- “Cumpliré 4 en otoño” – contestó Roñy orgulloso. “¡Venga, empuja, idiota!”
- “¿Dónde estamos Roñy?”
- “En casa, ya te lo he dicho.” – dijo Roñy enfadado. “¡Empuja, he dicho!”
- “Te entiendo cuando hablas” – dijo Ramón. “Pero... ¿estamos en la Tierra?”
- “No te contestaré nada si no me empujas”

Ramón empujó el triciclo unos metros. Roñy gruñó de placer.

- “Vale. ¿Estamos en la Tierra?”
- “¡Empuja!”
- “¡Estoy empujando! ¿Es la Tierra?”
- “Por supuesto que no”
- “Entonces ¿qué es?”
- “Roñilandia”
- “¿Roñilandia?”
- “Sí. Y, ¡por cierto!, me sé un cuento muy bonito.”

Ramón echó una ojeada sobre el montón de basura que les rodeaba. La madre de Roñy todavía estaba lejos.

- “¿De qué habla el cuento?”
- “De Roñilandia” – dijo Roñy con una voz penetrantemente aguda.
- “Cuéntalo” - pidió Ramón.
- “Solo si sigues empujando. Brrum, brrum. ¡Más deprisa!”

Y, mientras Ramón empujaba a Roñy en el viejo triciclo, el muchachillo le contó un cuento de un planeta que una vez se pareció a la Tierra. Se llamaba Gruñolandia. Los antiguos gruñones eran como los jonianos y solían competir cada año para ver quién gastaba más energía. Al final todas las formas de vida conocidas desaparecieron en Gruñolandia, pero, al mismo tiempo, una nueva forma de vida creció en las selvas muertas, en las podridas aguas del mar y bajo la polución de las ciudades. La nueva forma de vida se convirtió en una clase de gente, que llamaron Roñilandia al planeta y



se llamaron a sí mismos roñosos. Tenían un lejano parecido con los gruñones, pero en algunos aspectos eran completamente diferentes. No podían soportar el aire fresco ni el agua limpia. Por el contrario, tenían que rodearse de la mayor cantidad posible de polución para seguir vivos. Solo podían comer comida podrida. Y cuando se lavaban lo hacían para ensuciarse, en vez de para limpiarse. Gradualmente su apariencia fue cambiando, hasta convertirse en la especie de basura que eran ahora. Lo único que les había quedado de sus antepasados, los gruñones, era el pelo. Los roñosos todavía tenían pelo en la cabeza. Era pelo de verdad, pero era muy raro. Lo especial de ese pelo era que todos los niños de Roñilandia nacían con el pelo gris.

– “Cuando nos hacemos mayores, nuestro pelo se oxida y ya estamos todos roñosos” – dijo Roñy. “Incluso se nos cae, como las demás partes de nuestro cuerpo”.

– “¿Es que se os caen las partes del cuerpo?” – preguntó Ramón estupefacto.

– “Sí” – dijo Roñy. “Se nos caen trozos de óxido, pero no nos morimos: seguimos oxidándonos. ¿No te parece estupendo?”

Ramón no pensaba eso. Él preferiría comer comida fresca y no podrida y lavarse para quedarse limpio, en vez de para ensuciarse. Y, desde luego, preferiría morir de manera normal, en lugar de irse deshaciendo mientras se le caían trozos roñosos. Pero no dijo nada. Parecía como si a Roñy le gustase su vida en Roñilandia. Eso era porque no conocía ninguna otra clase de vida ni sabía que podía ser mucho mejor. De repente Ramón sintió nostalgia de la Tierra. Sintió nostalgia como no la había sentido nunca antes. Quería volver a casa. A casa en la Tierra. Tenía tanta morriña que creía que se iba a poner a llorar.

– “¡Roñy, es la hora del baño!”

Ramón dio un respingo. Había olvidado que la madre de Roñy se estaba acercando. Estaba a menos de 30 metros y señaló a Ramón.

– “¿Quién eres tú?” – gritó con voz chillona.

– “Es mi amigo” - dijo Roñy. “Es realmente amable. Me empuja en el triciclo.”

La madre monstruo anduvo tambaleándose hacia ellos.

– “Pobre chico” – dijo. “Pareces tan saludable...¿de dónde vienes?”

– “De la Tierra” – susurró Ramón.

– “¿Cómo dices?”

Ahora estaba solo a veinte metros.

- “Vengo de la Tierra” – contestó Ramón. “Pero me he perdido en el espacio.”
- “¿Puede quedarse a vivir con nosotros, mamá?” – jaleó Roñy.

Ahora estaba a no más de diez metros. Su voz era como una motosierra.

- “Claro que sí, pero tiene que hacerse un tratamiento para el óxido.”

Los tratamientos para el óxido en la Tierra son para prevenir que las cosas se oxiden, pero Ramón se dio cuenta de que, aquí, un tratamiento de óxido significaba procurar que las cosas se oxidasen. No tenía ni idea de cómo pensaba oxidarle la madre de Roñy, pero estaba seguro de que no quería saberlo.

Ahora la madre estaba solo a cinco metros de distancia. Se inclinó, tendió sus brazos hacia él y sonrió. Un nubarrón de humo negro salió de su boca.

- “Ven aquí pequeño, te pondremos bien sucio.”

Ramón no era el más fuerte de su clase, pero se puso de pie y corrió. Justo cuando la madre de Roñy estaba a punto de atraparlo, se escurrió hacia un lado y se subió tan rápido como pudo a la peonza, que había dejado por allí en el suelo. Empujó hacia abajo el pomo, pero la peonza no despegó. Oyó a Roñy gritar a su lado:

- “¡No te vayas! ¡Quédate aquí y empújame!”

Ramón volvió a empujar el pomo de la peonza.

- “¡Mamá, párale! ¡Haz que se quede y juegue conmigo!” – vociferó Roñy.

Ramón empujó el pomo una y otra vez. La peonza comenzó a girar, pero no despegó. Y la madre de Roñy estaba acercándosele con sus andares de pato con una bañera bajo el brazo.

- “No tengas miedo” – tronó. “Un bañito no te hará ningún daño”.

Ramón sintió una oleada desconcertante en su cuerpo. Primero se sintió helado de frío y después entumecido. Entonces su piel se puso roja de calor.

– “Estoy demasiado asustado” – pensó. “Primero el miedo me dejó helado, luego me paralizó y finalmente me ha dado... ¡más energía!”





En el momento en que la palabra energía se la pasó por a cabeza, apretó el pomo. Y esa vez funcionó. La peonza despegó y comenzó a elevarse hacia el cielo. Cuando Ramón miró hacia abajo vio dos extrañas figuras de pie sobre un montón de basura y mirando hacia él. Aunque Ramón estaba contento de haberse escapado, casi le daban pena ellos ahí abajo. Les dijo adiós con la mano y ellos le devolvieron el saludo. No eran criaturas mezquinas. Simplemente no sabían lo hermosa que puede ser la vida.



## Capítulo 2

## EL SEXTO GURÚ DE LA LLUVIA

Ramón había usado tanta energía en el viaje de vuelta desde Jonia, que se había pasado de largo la Tierra. Pero esta vez encontró bien el camino. Incluso dirigió la peonza hacia donde él vivía. Encontró otro arco iris, se colocó y utilizó el arco iris para caer exactamente en el patio de su escuela. Fue un aterrizaje perfecto y Ramón se sintió muy orgulloso de sí mismo. Todavía no era un piloto de peonzas muy experimentado, pero era obvio que estaba aprendiendo rápidamente.

El patio de la escuela estaba vacío. Ramón escondió la peonza en una papelera. Como su reloj se había parado, no tenía ni idea del día ni la hora que eran. Tampoco sabía cuánto tiempo había estado fuera de la tierra. Podría haber sido más de una semana, si había que calcularlo como el tiempo de la Tierra.

Si fuera así alguien le habría dado por desaparecido. Sintió remordimiento de conciencia. ¡Pobres papá y mamá! ¿Debería llamar a casa? No, no tenía tiempo para eso y, además, no tenía móvil.

Se lo explicaría todo cuando volviera a casa. ¡En caso de que volviera a casa, claro! Ahora debía dejar de pensar en sí mismo. Tenía que pensar en los pobres jonianos, a los que se suponía que tenía que salvar. Si es que no era demasiado tarde. En el bolsillo tenía la lista de los nombres de los Gurús de la Lluvia de su escuela. Ahora tenía que encontrarlos. Corrió a la puerta de la escuela. Estaba cerrada. Llamó. Nadie respondió. Forcejeó con el pomo de la puerta.

– “No hay nadie” – dijo una voz detrás de él.

Ramón se sobresaltó y se giró en redondo. Una chica delgada parpadeaba detrás de unas gafas con cristales tan gruesos, que hubiera sido imposible, para una persona normal, mirar a través de ellos.

– “¡Rosa Ronda!”

Rosa asintió.

– “¡Eres una Gurú de la Lluvia!”

Rosa volvió a asentir.

– “Sí, si no te parece mal.”



Ramón sintió un gran alivio. Ahora eran por lo menos dos Gurús de la Lluvia. Pero el sentimiento de alivio no le duró mucho. Incluso siendo Rosa Ronda una Gurú de la Lluvia, eso no garantizaba que le pudiese ayudar: era la más torpe de todo el colegio. Se paseaba por ahí con una boina, un pantalón de pana y una bufanda de, por lo menos, tres metros de larga. Y tenía una cara de huevo llena de pecas.

Llevaba siempre una cartera negra que no abría nunca. Se le caían los libros al suelo y escribía todas sus redacciones en verso. Era torpe, distraída, tímida y desconcertante. De todos los Gurús de la Lluvia de la lista, Rosa Ronda era, con mucho, de la que menos ayuda esperaba él. Y, en cambio, había sido a la primera que había conocido.

- “Hay más de cuarenta Gurús de la Lluvia en la escuela” – dijo Ramón.
- “Cuarenta y tres.”
- “¿Cómo lo sabes?”
- “Los conozco a todos – explicó Rosa – Soy Gurú desde que tenía 5 años.”
- “Y ¿dónde están los otros?”

Rosa se quitó las gafas y empezó a limpiárselas. Sus ojos eran grandes y azules.

- “Se han ido todos a casa – dijo – Son las cinco de la tarde.”
- “Bueno, pues hay que encontrarlos.”
- “No tiene sentido. Han robado los yoyós.”
- “¿Los yoyós?”

Rosa se ruborizó.

- “Quiero decir las peonzas.”
- “¿Qué peonzas?”
- “Las peonzas de los Gurús. Alguien las ha robado. Aunque yo tengo una de reserva, porque pensé que algo así podría pasarme.” Se puso las gafas.
- “Iré a Jonia contigo.”

Rosa sonrió prudentemente a Ramón, que estaba tratando de pensar tan claro como podía.

- “¿Qué sabes de Jonia, Rosa?”
- “Lo sé todo” –dijo. “Pero mi verdadero nombre no es Rosa.”
- “¿Cuál es tu verdadero nombre?” – preguntó Ramón, conteniendo el aliento.
- “Me llamo Rita” – dijo arrugando la nariz.

Menos de una hora después, los dos Gurús estaban volando a toda velocidad por el cielo, camino de Jonia. Ramón miró a Rita, que volaba delante de él. Su larga bufanda colgaba como si fuera una cola. De vez en cuando, ella se volvía y le saludaba con su boina. Ramón ya se había perdido una vez en el espacio y no confiaba mucho en su sentido de la orientación, pero no parecía que Rita tuviera ninguna duda de hacia dónde se dirigían. Ella volaba hacia adelante, a la izquierda y a la derecha sin dudar ni un segundo. Ramón se iba dando cuenta de que ella ya había hecho esta ruta antes alguna vez.

¿Quién era ella?, se preguntaba. Sabía ya que era una Gurú, pero parecía ser una Gurú especial. Ramón estaba seguro de que ella no era tan torpe ni tan extraña como aparentaba. Cuando se habían abrazado el uno al otro antes de poner en marcha sus peonzas, él fue el que se sintió más incómodo y había sido ella la que le había pedido que le apretujase más, para que pudiese ponerse más colorada. Tuvo que admitir también que ella era una excelente piloto de peonzas. Cuando él se había sentado en ella inclinado hacia adelante, agarrándose fuerte, temiendo por su vida, ella se había mantenido completamente derecha en la suya. Con su boina en una mano y la cartera negra en la otra. Y, por cierto, ¿qué había en la cartera? Ramón sospechaba que ella no era la persona que decía que era. Rosa Rita Ronda era un misterio y él empezaba a creer cada vez más que la solución al misterio estaba en esa cartera negra.

– “¡Lo has vuelto a hacer!”

Rubén miró a Ramón con admiración.

– “¡Lo has hecho otra vez! ¡Junto en el centro! ¿qué tal estaba esta vez el agua?”

– “Sucia” – replicó Ramón mientras salía a cuatro patas del estanque del parque de Jonia, donde había aterrizado por segunda vez, después de deslizarse por un arco iris.

– “Sabía que estaba aquí” – dijo Ramón – “pero... ¿no era más grande?”

Renata le miró severamente.

– “No hay nada de interesante en bañarse en agua sucia, Rubén”

– “No, claro que no” – dijo Rubén. “Pero como siempre aterriza ahí y se baña, creí que...”

– “No se baña” – dijo Raúl. “Se cae ahí.”

– “Eso también lo sé.” – dijo Rubén. “Solo lo preguntaba por si acaso algún día yo también me caía en él, porque entonces estaría bien saber...”

– “¿Dónde están los otros?” – preguntó Regina.

Ramón señaló al cielo.

– “Allí arriba”

Por encima de ellos Rita había iniciado el descenso. Sujetaba su boina y la pequeña cartera negra con los brazos extendidos a cada lado de su cuerpo y parecía que tuviese alas. Justo antes de tomar tierra saltó del arco iris y aterrizó sólidamente sobre sus pies, en medio de la reunión de Gurús.

– “¡Hola Regina!” – exclamó.

Regina guardó silencio por un momento. Después dijo suavemente:

– “Rita”

– “Bueno. ¿Qué estás haciendo aquí?”

– “Vine para ayudarlos”

– “¿Y los demás?”

– “Soy la única que he venido.”

– “¿Y eso?”

– “Nos robaron los yoyós.”

– “Digo, las peonzas.”

Regina y Rita eran las únicas que hablaban. Ramón aún estaba atontado, después del aterrizaje en el estanque. Los otros parecían no saber qué decir.

– “¿Y cómo es que tu peonza no la robaron?” – preguntó Regina suavemente, de nuevo.

– “Porque tenía dos.”

Regina asintió.

– “No deberías haber venido.”

– “Bueno, ahora estoy aquí.”

– “Sí. Ahora estás aquí.”

Se mantuvo tiesa completamente, como si sus pies hubieran echado raíces en la hierba marrón. Rita fue derecha hacia ella.

– “Estoy contenta de estar aquí.” – dijo echando los brazos a Regina para abrazarla.

El abrazo que se dieron no duró más que un segundo. Cuando acabó, Ramón vio que la cara de Rita se había puesto al rojo vivo, mientras que Regina seguía pálida.

– “Bueno” – dijo Raúl. “Vamos a movernos de aquí, que, si no, no haremos nada.”

Ramón miró su reloj, pero se había parado definitivamente.

– “¿Cuánto tiempo estuve fuera?”

– “Un suspiro” – dijo Renata.

– “¿Sólo eso?”

Ramón estaba seguro de haber estado fuera varias horas, por lo menos.

– “Un suspiro es mucho tiempo.” – dijo Raúl.

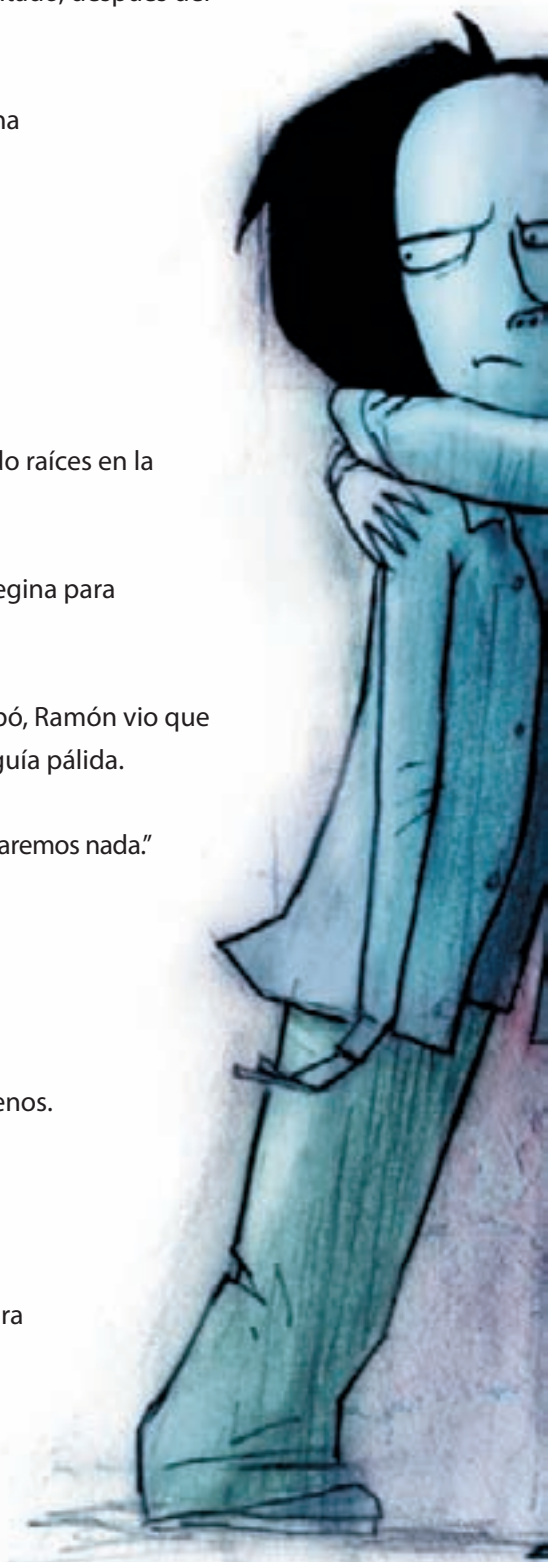
– “Pues en la Tierra no.” – dijo Ramón.

– “No estamos en la Tierra.” – dijo Rita. “Estamos en Jonia.”

– “Sí.” – dijo Regina, mirando extraña y tristemente a Rita. “Ahora estáis en Jonia.”

– “Sí.” – dijo Raúl. “Todos estamos en Jonia. Y, si queremos seguir estando aquí, sugiero que subamos a nuestro cuartel general y empecemos a planear lo que vamos a hacer. Somos solo seis Gurús y no tenemos ni un suspiro de tiempo que perder.”

Rubén miró preocupado a Ramón.





– “Puede que solo tengamos cinco horas.” – dijo.

Regina se puso tensa.

– “¿Qué quieres decir con eso?”

– “Solo quiero decir – dijo rápidamente Rubén – que, si Ramón no se mete pronto en el punto negro y se quita de encima esa suciedad, se va a estar rascando hasta que se muera. A mí casi me pasó cuando me metí.... Quiero decir que no, que no me metí, pero que me imagino muy bien cómo se siente.

Cuando Ramón salió del punto negro, estaba más mareado que ninguna de las veces que se había metido en él para limpiarse. Esta vez no solo tenía que quitarse la suciedad del estanque de Jonia, sino también toda la roña de Roñilandia, que era mucho peor.

– “Lo más importante es tratar de parar y eliminar toda la polución que tenemos ahora aquí.” – dijo Raúl. “Ya hemos empezado unos cuantos proyectos.”

– “¿Cómo qué?” – preguntó Ramón, que ya no se rascaba y se sentía mucho mejor.

– “Renata y yo hemos estado trabajando para crear aire fresco.” – dijo Regina. “Si tenemos éxito, quizás logremos disolver el escudo de gas.”

Rita meneó la cabeza, como dudando.

– “¿Cómo pensáis que vais a ser capaces de hacer eso?”

– “Yo también tengo un proyecto.” – dijo Rubén.

– “Hemos estado intentando convertir este parque en un parque de verdad.” – dijo Renata. Hemos creado un invernadero. Cuando tengamos bastantes plantas y sean lo bastante grandes y fuertes, las plantaremos en el parque y ellas limpiarán el aire.

Rita negó de nuevo con la cabeza.

– “El aire aquí está tan contaminado que las plantas, simplemente, se morirán.”

– “No si mi proyecto tiene éxito.” – dijo Ramón con entusiasmo. “Mi padre es arquitecto y he conseguido que me diseñe algunas chimeneas que son tan altas que llegan por encima del escudo de gas, a la atmósfera como lo llaman algunos. Entonces la polución desaparecerá hacia el cielo y no causará más problemas.”

– “Y no te olvides de mi proyecto.” – dijo Rubén.

Rita negó por tercera vez.

– “Jonia va a ser destruida mucho tiempo antes de que tú puedas plantar ninguna flor en el parque. Lo primero que tenemos que hacer es comprar tiempo para nosotros.”



– “¿Cuánto cuesta el tiempo?” – preguntó Rubén.  
– “No cuesta dinero” – dijo Rita suavemente. “Sino que cuesta esfuerzo, energía y coraje.”

Regina suspiró.

– “Eso lo sé.”- dijo.  
Rita miró a Ramón.

Ramón asintió. Aunque las chicas no dijeron nada, él ya se había dado cuenta de lo que estaban pensando.

Renata miró a Raúl.

– “¿Tú también?”  
Raúl asintió.  
– “De acuerdo, pero podría ser peligroso. Estoy seguro de que os dais cuenta de que podríamos no sobrevivir.”

Todos estuvieron de acuerdo, menos Rubén.

– “¿Hola?”- dijo él, nervioso.  
– “Hola, Rubén.” –dijo Raúl. “¿Qué pasa?”  
– “Ummmmm..... que yo no me doy cuenta de nada en especial.” – dijo Rubén cabreado.  
– “Te darás cuenta de que es peligroso.” – dijo Renata.  
– “Puedes salirte del grupo si no quieres correr el riesgo.” – dijo Raúl.

– “Claro que quiero correr el riesgo.” – dijo Rubén irritado.  
“Estoy preparado correr cualquier riesgo. Solo quiero saber cuál es el riesgo para el que estoy preparado.”

– “Sabotaje” – dijo Regina.  
– Tenemos que sabotear el concurso de “Usar y Tirar” de Rolando Rodríguez – dijo Renata.  
– “Arriesgaremos nuestras vidas” – dijo Raúl.  
– “¿No podemos hacerlo sin arriesgar nuestras vidas?” – preguntó Rubén chupándose el dedo.

Renata le sacó el dedo de la boca y le explicó que el riesgo probablemente no sería tan grande, pero que había que estar preparado para lo peor.

– “También es muy importante estar preparado para lo mejor” – dijo Rubén, metiéndose la mano en el bolsillo.



Antes de que nadie pudiera impedirselo, ya había sacado un pequeño spray y se había vaporizado algo en la garganta.

Raúl dio un grito y le arrebató el spray.

– “¡No hagas eso!”

Pareció que Rubén también iba a gritar, pero se estiró y dijo muy cortado:

– “Aquí no está permitido nada nunca.”

– “Los espráis polucionan” – dijo Raúl. “¡Es una golosina! ¡Todo el mundo la usa! ¡Ay, ay, ay!”

Renata le había cogido de la oreja y ahora se la retorció.

– “El hecho de que todo el mundo haga una cosa no quiere decir que esté bien.” – dijo ella severamente. “Los niños se excitan tanto con las golosinas que no se pueden estar quietos y dan saltos como una pelota de goma. Por eso las casas-auto se paran automáticamente cuando los niños empiezan a saltar en ellas. La gente tiene miedo de que sus niños reboten fuera de las casas mientras éstas están en movimiento.”

– “Las golosinas en spray son basura.” – dijo Raúl. “Empiezas usando golosinas en spray cuando eres niño y cuando creces usas espráis en el aire, en las axilas, en la nariz y en los pies. Después de ducharse, mucha gente se rocía con productos en spray, para oler bien. Pero lo que se rocían dura muy poco y cada vez se rocían más con espráis. Conozco a un tipo que se echa diez veces al día algún spray. Sería mucho mejor si se duchara veinte veces al día.”

– “Yo no quiero ducharme veinte veces al día.” – dijo Rubén mosqueado. “Incluso una me parece mucho...”

– “Bueno” – dijo Regina. “pero una bocanada de spray de caramelo cada sábado tiene que ser bastante. Si no, te volverás hiperactivo.”

– “¡Pero si ya es hiperactivo!” – dijo Renata mordaz.

– “¡No lo soy! – saltó rápidamente Rubén. “Solo soy un chico muy activo.”

– “Perdón, pero...” – dijo Rita. “¿Tenemos tiempo para esto?”

– “No” – aceptó Regina. “Debemos volver al trabajo.”

– “A nuestro sabotaje” – dijo Renata.

– “A arriesgar nuestras vidas.” – dijo Raúl.

Rubén tragó saliva.

– “Estoy listo.” – dijo. “¿Qué se supone que tengo que hacer?”

Todo el mundo se volvió a mirar a Ramón. “Confían en mí” – se dijo a sí mismo. “pero no tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Soy un Gurú completamente nuevo. No puedo ayudarles.



– “Bueno....deberíamos...” – empezó.

Los demás estaban pendientes de él, mientras él buscaba las palabras apropiadas.

– “Hay cinco categorías en el concurso de “Usar y Tirar”- dijo despacio.

– “*La Categoría del que Gaste Más Gasoil y...*”

– “La categoría del que malgaste más gasolina” - dijo Regina.

– “¿No deberían esas categorías llamarse *La Categoría Para Acabar con la Naturaleza?*”

– preguntó Rita.

– “¿Por qué?” – inquirió Renata

– “Porque eso es lo que estáis haciendo en este planeta ¿no?” – dijo Rita. “Estáis acabando con todo el gasoil y la gasolina sin buscar qué otro combustible podría sustituirlos cuando se acaben.”

– “No estamos haciendo eso.” – dijo Regina enfadada.

– “¿Con qué pensáis reemplazarlos?” – preguntó Rubén. “Me gustaría mucho saberlo.”

– “Eso es lo que...” – empezó a decir Rita. Pero Raúl la interrumpió.

– “Eso es lo que estamos tratando de encontrar” – dijo. “Desafortunadamente encontrarlo cuesta mucho tiempo. Y luego tenemos *La Categoría Para el Mayor Consumidor de Electricidad.*”

– “Y La Categoría de Los Que Tiran Más Envases.” – dijo Renata. “Ese es un gran problema aquí, porque toda la comida que compramos está envasada.”

– “Algunos envases son muy bonitos” – dijo Rubén. “Pero no te los puedes comer. Solo sirven para verlos y tirarlos.”

– “La comida envasada no es especialmente buena ni bonita” – le dijo Renata mirándole severamente.

– “Ya lo sé” – replicó Ramón entre dientes. “Pero tengo derecho a pensar que...”

– “Yo creo que todas las categorías deberían llamarse *La Categoría de Producir el Mayor Montón de Basura* o, si no, *La categoría de Gastar Más en Menos Tiempo.*” – dijo Rita. “Porque e eso es de lo que realmente se trata, ¿no?”

– “Eso es” – dijo Regina. “Pero no somos nosotros los que decidimos como se llaman las categorías. Es Ronaldo Rodríguez. ¿Por qué no se lo sugerís a él?”

Rita se sonrojó.

– “Yo no quiero sugerirle nada a Ronaldo Rodríguez. No quiero tener nada que ver con él.”

– “Me alegra oírlo” – replicó Regina. “Entonces, ¿podemos seguir con lo que estábamos?”

– “Bien. También tenemos *La Categoría de las Emisiones de Gas.*” – dijo Rubén con entusiasmo. “Esa es la más supertope.”

Regina le miró.

– “¿Qué dices?”

– “Quiero decir la peor” – dijo Rubén. “Esa categoría de las emisiones de gas es realmente horrible.”

– “Sí” – dijo Ramón. Es fatal. Como en la Tierra. Las emisiones de gas en la tierra causan un efecto invernadero que puede alterar completamente nuestro clima.

Rita se rascó la nariz.

– “Eso no es exactamente así” – dijo.

– “Sí lo es” – dijo Ramón a la defensiva.

Estaba muy orgulloso de poder demostrar que sabía algo sobre problemas

medioambientales, pero Rita, por supuesto, quería demostrar que sabía más que él.

“El efecto invernadero es causado por el escudo de gas y sus repercusiones en la atmósfera, devolviendo hacia la Tierra las oleadas de aire caliente que, de otro modo, se perderían en el frío del espacio exterior” – explicó. Se había quitado las gafas y las estaba limpiando. Ahora se volvió a poner las gafas y parecía una verdadera estúpida. “Y eso es muy importante, por cierto. Porque, si no hubiera efecto invernadero, la temperatura de la Tierra sería unos 33 grados menor.”

– “Bien” – dijo Ramón. “Así que eso es un efecto estupendo...”

Rita meneó la cabeza.

– “No si es demasiado exagerado. Si la temperatura sube demasiado, puede resultar un desastre ecológico. Y es exactamente lo que pasará si seguimos emitiendo gases y aumentando el efecto invernadero.”

Ella sonrió a Ramón.

– “Eso es lo que tú querías decir, ¿no?”

– “Sí” – murmuró Ramón. “O eso creo.”

– “El problema contigo, Rita” – dijo Regina con calma, “es que sabes todo. Y ahora, ¿podemos seguir? Ramón...”

– “¿Seguir con qué?”

Ramón no estaba seguro de lo que ella quería decir y todavía estaba menos seguro de lo que quería decir él.

– “Tú tienes un plan ¿no?”

Ramón puso cara de póquer.



# Capítulo 3



## **SABOTAJE**

Los Gurús de la Lluvia habían decidido comenzar su campaña contra el concurso “Usar y Tirar” eligiendo cada uno una aero-casa como objetivo. Cuando terminaran, se encontrarían en su cuartel general para comentar cómo habían ido las cosas y si merecía la pena continuar con el esfuerzo.

Raúl eligió la categoría del máximo consumo de electricidad. Renata y Regina eligieron la del que malgastara más gasoil. Rubén había peleado con todos por obtener la categoría de las emisiones de gas a la atmósfera, mientras que Ramón eligió abordar la de quién produjera más desechos de envases. El concurso iba a empezar a media noche y acababa de anochecer cuando los seis Gurús se alejaron del cuartel general. No iba a ser fácil encontrar seis casas-auto vacías. La mayoría de los jonianos habían terminado sus preparativos para el acontecimiento y se habían reunido en el McRoñy, donde llenaban sus barrigas con grasientas hamburguesas Jonianas y Roñycola. Todos habían dejado sus ventanas abiertas cuando se fueron. Los jonianos podían tener muchos defectos pero, al menos, eran honestos. Aparte del legal crimen medioambiental, no cometían ningún otro delito. Ramón se sintió como un vulgar ladrón cuando penetró en una aero-casa a través de una ventana, en la que se disponía a combatir el desperdicio de envases, pero descargó su conciencia diciéndose a sí mismo que lo hacía en beneficio de la gente que vivía en ella.

Aunque la ventana estaba abierta, dentro hacía un calor insoportable. Los cables de la calefacción en suelo, paredes y techo, estaban a la máxima potencia. Era como entrar en una sauna. Por lo menos hacía cuarenta grados. Además, el aire era húmedo y pesado, porque la puerta del baño estaba abierta y en la ducha estaba corriendo el agua a tope. Ramón corrió dentro y cerró el grifo, pero el calor era sofocante. No tenía ni idea de cómo se apagaba la calefacción. Quizá ni siquiera pudiese apagarse. De todos modos no tenía tiempo de buscarla.

Con la manga se secó el sudor de la frente, aunque no fue muy eficaz, porque toda su camisa estaba empapada de sudor. No podía hacer nada respecto a eso. Ahora tenía que encontrar el cubo de la basura. Se abalanzó hacia la puerta de la cocina, la abrió y se quedó paralizado, mirando sin poder creer o que veía. Era la cosa más horrible que hubiese visto nunca. Todo el suelo de la cocina estaba cubierto de basura, trozos de comida, bolsas y botellas de plástico, botes de mermelada, tetrabricks de sopa,

papel de aluminio, filtros de café, cajas vacías y medio vacías de leche, tomates podridos, rebanadas de pan mohosas, botellas vacías de Roñycola, botes medio llenos de Roñycola, vasos y platos de papel, vasos, platos, cucharas, tenedores y cuchillos de plástico, más latas vacías y a medio vaciar y muchas otras cosas que Ramón no sabía lo que eran, excepto que, desde luego, eran basura y olían tan mal como parecía.

Aunque Regina se lo había advertido, la vista, e incluso aún más el olor de toda esa basura, le revolvió el estómago, pero no tenía tiempo para vomitar ahora. Había traído consigo más de veinte bolsas de papel biodegradable. Lo primero que se suponía que tenía que hacer era separar convenientemente las basuras y clasificarlas en las bolsas. Cogió aire y empezó. Cada vez que tenía que respirar, se iba corriendo a la ventana abierta. Todo fue bien hasta que tuvo que doblar los cartones de leche, para que ocuparan menos sitio. Aún había un poco de leche dentro de algunos y, cuando los aplastó, un líquido verdoso salió de ellos y le dio de lleno en la cara.

Ramón corrió por el comedor hacia el baño, tapándose la cara con las manos. Llegó al váter justo a tiempo de vomitar. Cuando terminó, tiró de la cadena y se sintió agradecido de no saber hacia dónde iba el contenido de aquel váter. Entonces volvió a la cocina y se paró estupefacto a contemplar de nuevo aquel mogollón.

Había recogido ya tanta basura que creía que terminaría pronto.

Pero iba a ser que no. El papel biodegradable de las bolsas estaba hecho girones y la basura se había extendido de nuevo. En el suelo había una gran bolsa de plástico en la que alguien había escrito con tiza:

¡EH, LOCO!

¡YO SOY ETERNA!

¡NO SOY BIODEGRADABLE!

Firmado: GRAN BLOSA.

Ramón estaba empapado de sudor. Tenía la boca agria después de vomitar y ahora estaba empezando asentirse mareado. Le habían descubierto. Alguien había estado allí y lo había descubierto. Alguien que se llamaba Gran Bolsa. Quizá todavía estuviera allí. Todo estaba patas arriba ¡y eso que no había estado mucho tiempo en el cuarto de baño! Los dientes empezaron a castañetearle. ¿Por quién se había tomado? ¿Un héroe medioambiental del universo? ¿El salvador de Jonia? ¿Ramón el SuperGurú?

No, no era ninguna de esas cosas. Era solamente un niño terrícola asustado, que quería volver a casa con su mamá y...y...y...



Estaba agarrotado de miedo. Y ¿qué era ese ruido? ¿Pasos? ¿Donde? ¿En el salón?  
¡¡¡Socorrooooo!!! ¿Qué voy a hacer ahora? Antes de poder pensar nada, saltó por la ventana de la cocina y corrió calle abajo hacia el cuartel general. Otros cuatro Gurús ya estaban allí y no tan agitados como él.

– “Alguien vino y...” – empezó a explicar Ramón.  
– “...Ya, ya” – dijo Raúl.  
– “...sabotaje” – dijo Renata.  
– “... sabotaje” – dijo Rita.  
– “Fue una cosa repugnante” – dijo Rubén. “¿Alguno de vosotros.....”

No pudo terminarla fase. Todos los demás empezaron a hablar a la vez.

– “Justo cuando llegué al cuadro eléctrico...” – dijo Raúl.  
– “Justo cuando me estaba colando en la casa de los Prado...” – dijo Rubén.  
– “Justo cuando estaba limpiando...” – dijo Rita.  
– “Justo cuando estaba a punto de verter...” – dijo Renata.  
– “¡Esperad un momento!” – dijo Ramón. “Calmaos todos y hablad por turno, por favor.”  
– “Vale” – dijo Rubén. “Yo primero. No, quiero decir: Ramón primero, luego yo y después todos los lengua larga.”  
– “Y ¿quiénes son los lengua larga?” – preguntó Rita.  
– “El resto de vosotros” – dijo Rubén. “Venga, Ramón, cuéntanos: ¿quién sabotó tu sabotaje?”

Cuando Ramón contó su historia, Rubén explicó al grupo su aventura. Cuando se estaba colando en casa de la familia Prado, para librarse de los sprais, se encontró la aero-casa llena de niños que habían tomado mucho spray de caramelo. Rubén había intentado pararlos, pero los niños estaban tan hiperactivos, que rebotaban por las paredes y saltaban en todas direcciones. Cuando finalmente consiguió agarrar a uno, alguien se abalanzó sobre él desde atrás y lo sujetó con



mucha fuerza, mientras cuatro niños le rociaban tanto spray de caramelo en la boca que se mareó. No había visto la cara de la persona que le sujetó, pero quien quiera que fuese, era mucho más fuerte que los niños. De otro modo hubiera sido capaz de liberarse fácilmente.

La situación de Raúl no había sido mucho mejor. Cuando estaba a punto de abrir el cuadro eléctrico en, la casa en la que estaba, se dio cuenta de que tenía una combinación secreta. Era como si alguien hubiera sabido que él iba a ir a abrirla.

Rita había empezado a limpiar manchas de aceite. Estaba avanzando mucho, pero necesitaba ir al servicio. Cuando volvió y quiso seguir limpiando, el agua con el que limpiaba empezó a mezclarse con el aceite y se volvió espesa y pegajosa. Alguien había cambiado su agua jabonosa por agua azucarada.

Renata dijo que ella sabía de dónde provenía el agua azucarada. Regina y ella habían rellenado algunas latas con agua azucarada. Y consiguieron echar algunas en el depósito de gasolina de la aero-casa en la que estaban. Pero cuando volvió al lugar en el que rellenaba las latas, descubrió que alguien había cambiado el agua azucarada por gasolina de alto octanaje. También descubrió algo peor cuando volvió a la aero-casa.

– “Regina ya no estaba allí.” – dijo Rita.

Ramón no había notado hasta ahora que Regina no estaba con ellos.

– “Eso solo puede significar que es ella la que...” – dijo Renata.

– “...saboteó el sabotaje” – dijo Rubén.

– “No” – dijo Ramón. “Eso no puede ser verdad.”

– “Me temo que sí lo es.” – dijo Raúl

– “Somos los únicos que sabemos los planes que hemos hecho.” – dijo Renata.

– “Y parece que el saboteador de nuestro sabotaje conoce muy bien el terreno, ¿no?”

– dijo Rubén, chupándose el dedo como si fuera una pipa.

Ramón no se lo podía creer. No podía ser verdad. Regina era la que había viajado a la Tierra para buscarle para que ayudase...o...quizá le buscó a él justamente por eso.... Había miles de Gurús de la Lluvia en la Tierra. ¿Por qué le eligió solamente a él para ayudar? Sin duda él era el peor Gurú de la Lluvia. Ni siquiera sabía qué era exactamente el efecto invernadero. ¡Por supuesto! Esa era la razón por la que le había elegido a él.

No porque pudiera ayudar a los jonianos, sino porque...

En ese instante oyeron el rugido de un motor en la distancia. Todos corrieron hacia la ventana. Raúl se asomó y apartó las ramas del árbol, para que pudieran ver la aero-

casa que venía hacia ellos a gran velocidad.

– “¡Mirad!” – gritó Rita. “¡No conduce nadie!”

– “Lleva el piloto automático” – dio Raúl.  
“Eso significa que va camino del cementerio de casas-auto.”

– “¿Un cementerio de automóviles?” – preguntó Ramón.  
– “Sí – dijo Renata. “Ahí es donde se acumulan las casas-auto que no se pueden usar ya. Es un vertedero inmenso en la cima de una colina.”  
– “Y esta aero-casa se dirige a esa colina” – dijo Rubén. “Se oirá un choque tremendo cuando...”

No terminó la frase porque en ese momento la aero-casa llegaba al parque. Tomó a curva y siguió calle abajo. Una de las ventanas, del lado en el que ellos estaban, iba abierta y una cara muy asustada los miraba fijamente.”

– “¡Socorro!” – gritó la niña en la ventana. “¡¡Ayudadme a salir, por favor!! ¡Estoy atrapada!”

Un segundo más tarde la aero-casa había desaparecido.

– “¡Oh, no!” – gritó Ramón desesperadamente. “¡Es Regina! ¡Está atrapada en la aero-casa!”

– “¡Va a morir!” – chilló Renata.  
– “Va directa a la cima de la colina” – dijo Rubén.  
– “¡Tenemos que hacer algo!” – dijo Ramón.

Raúl negó con la cabeza:

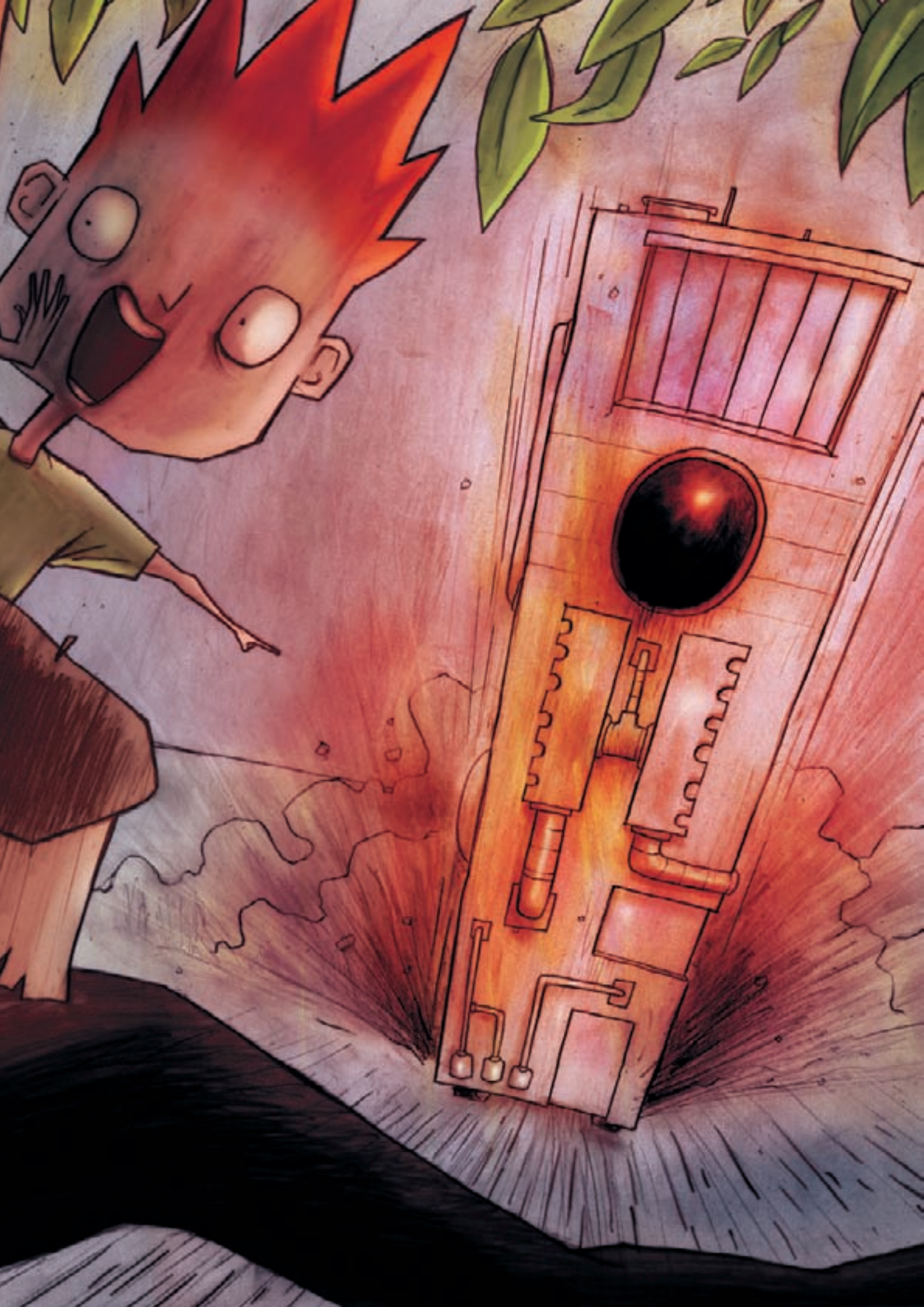
– “No podemos hacer nada si no conseguimos entrar en la aero-casa.”  
– “Puede que no sea necesario” – dijo Rita.

Había hablado en voz baja, pero había algo en su tono de voz que llamó la atención de los demás.

– “¿Qué has dicho?” – preguntó Raúl.







- “No estoy segura de que tengamos que entrar en la aero-casa para salvarla.”
- Contestó Rita. “Depende de cuánto tiempo tengamos.”
- “No sabemos” – dijo Raúl.
- “Pero no irá a la cima de la colina hasta que no haya gastado todo su combustible.” – dijo Rubén.
- “Y eso puede durar un buen rato” – dijo Renata, “porque está yendo en dirección opuesta al cementerio de casas-auto.”
- “Bien” – dijo Rita. “Asumiré el control desde aquí.”

De repente ya no parecía tan torpe. Se le colorearon las mejillas. Arrugó los labios y sus ojos centellearon. Puso su cartera negra encima de la mesa. Ramón sintió un escalofrío en la espalda. Mientras la cartera estaba cerrada ocupaba como si fuera un ordenador portátil. Pero ahora que la había abierto, se podían ver muchos compartimentos, como si fuera una caja de herramientas.

- “¡Guau! – exclamó Rubén. “¿Qué es todo eso?”
- “Es un sistema operativo” – contestó Rita, sacando de la cartera una pequeña pantalla y un teclado más pequeño aún. “Con funciones de análisis y su propio sensor de imágenes. Puede escanearlo todo y decirte todo cuanto se pueda decir de la imagen que escanea.”
- “¿Y qué puede decir de una aero-casa?”
- “Todo” – dijo Rita. “Cuando la hicieron, quien la hizo, cómo funciona y lo que funciona mal.”
- “¿Con eso podremos detenerla?” – preguntó Renata.
- “Exactamente” – dijo Rita.
- “¡Estupendo!” – dijo Rubén. “¿Puedes hacerlo?”
- “Sí que puedo” – dijo sonriendo ligeramente.

Raúl señaló un compartimento de su cartera, lleno de probetas y líquidos.

- “Y eso ¿qué es?”
- “Mi laboratorio” – dijo Rita. “Pero ahora...”
- “Y eso ¿es un boli?” – preguntó Rubén.
- “No, no lo es” – dijo Rita arrebatándoselo de las manos. “Es una cámara láser con 1000 gigas de memoria. Puedo hacer fotos a la velocidad de la luz y transferirlas a un ordenador para que un programa aísle lo que me interesa.
- “Y ¿para qué usas esto?” – preguntó Raúl, cogiendo una brochita y una caja con polvos de la cartera abierta.
- “Para tomar huellas digitales.” – se apresuró a decir Rubén.
- “Exactamente” – dijo Rita. “Y ahora...”
- “¿Cómo sabías eso, Rubén?” – preguntó Raúl.





– “Asistí a un curso de detectives” – contestó orgulloso Rubén. “Si te encuentras entre mala gente, no tienes más que tomarles las huellas dactilares, pasárselas a la policía y ellos, enseguida, resuelven el caso. Así que, si pudiésemos tomarle las huellas dactilares a Ronaldo Rodríguez, entonces...”

– “No tenemos tiempo para eso” - dijo Renata. “Primero tenemos que salvar a Regina. Pon en marcha tu artefacto, Rita.”

Ramón no había dicho ni palabra. Estaba impresionado con los fantásticos cachivaches de Rita. Por otro lado tenía la impresión de que algo no iba bien.

– “Pero...pero...” – empezó a decir.

– “¿Pero qué?” – le preguntó Rita echando le una mirada inquisitiva.

– “Pero ¿todo eso de ahí no consume una cantidad ingente de energía?”

– “Eso no importa ahora” – dijo Rita. “Regina bien se merece un pequeño aumento de consumo ¿no? No te preocupes. Todo esto funciona con energía alternativa. Yo trabajo con energía solar.”

– “Pues no funcionará” – dijo Raúl. “En Jonia apenas tenemos luz solar.”

– “Ya lo sé.” – dijo Rita. “Por eso tengo esto de reserva.”

Sacó una cajita de la cartera y la abrió.

– “Esto creará energía.”

Los cinco Gurús miraron con atención el pequeño molino de viento, sin poder creer lo que veían. Y todos hablaron a la vez.

– “¿Te refieres a **eso**?”

– “Aquí no tenemos nada parecido.”

– “Ni siquiera nadie ha pensado en ello antes.”

– “Deberíamos empezar a pensaren utilizar ya cosas como ésta.”

– “Pero ¿eso puede hacer funcionar un ordenador?”

– “¡Es demasiado pequeño!”

– “No” – dijo Rita – “Es exactamente lo que necesito. Lo hice yo misma.”

– “¡Tienes que ser un genio!” – dijo Raúl.

Rita pareció incómoda y bajó los ojos. Por un momento Rita parecía la que Ramón creía que era.

– “¡Un gran genio!” – dijo Renata.

– “Bueno...” – dijo Rita en voz baja. “Eso es lo que dicen, si no es mucha molestia.”

– “No nos molesta nada” – dijo Rubén. “¡Es mega guay! ¿Significa que solo necesitas viento?”



Rita negó con la cabeza.

– “¿Más que una ventolera?” – preguntó Renata.

Rita asintió.

– “¿Más fuerte que un huracán?” – preguntó Rubén.

– “Más que un ciclón” – contestó Rita.

– “Entonces no funcionará” – dijo Raúl. “No tenemos tanto viento en Jonia.”

Ramón no estaba muy orgulloso que se diga de su contribución a la resolución de los problemas hasta ahora, pero, de repente, se le ocurrió una idea. No era una idea espectacular y, si no se le hubiera ocurrido a él, se le hubiera ocurrido a algún otro. Pero no importaba. Era la primera buena idea que se le había ocurrido desde que había vuelto a Jonia y le temblaba la voz cuando anunció:

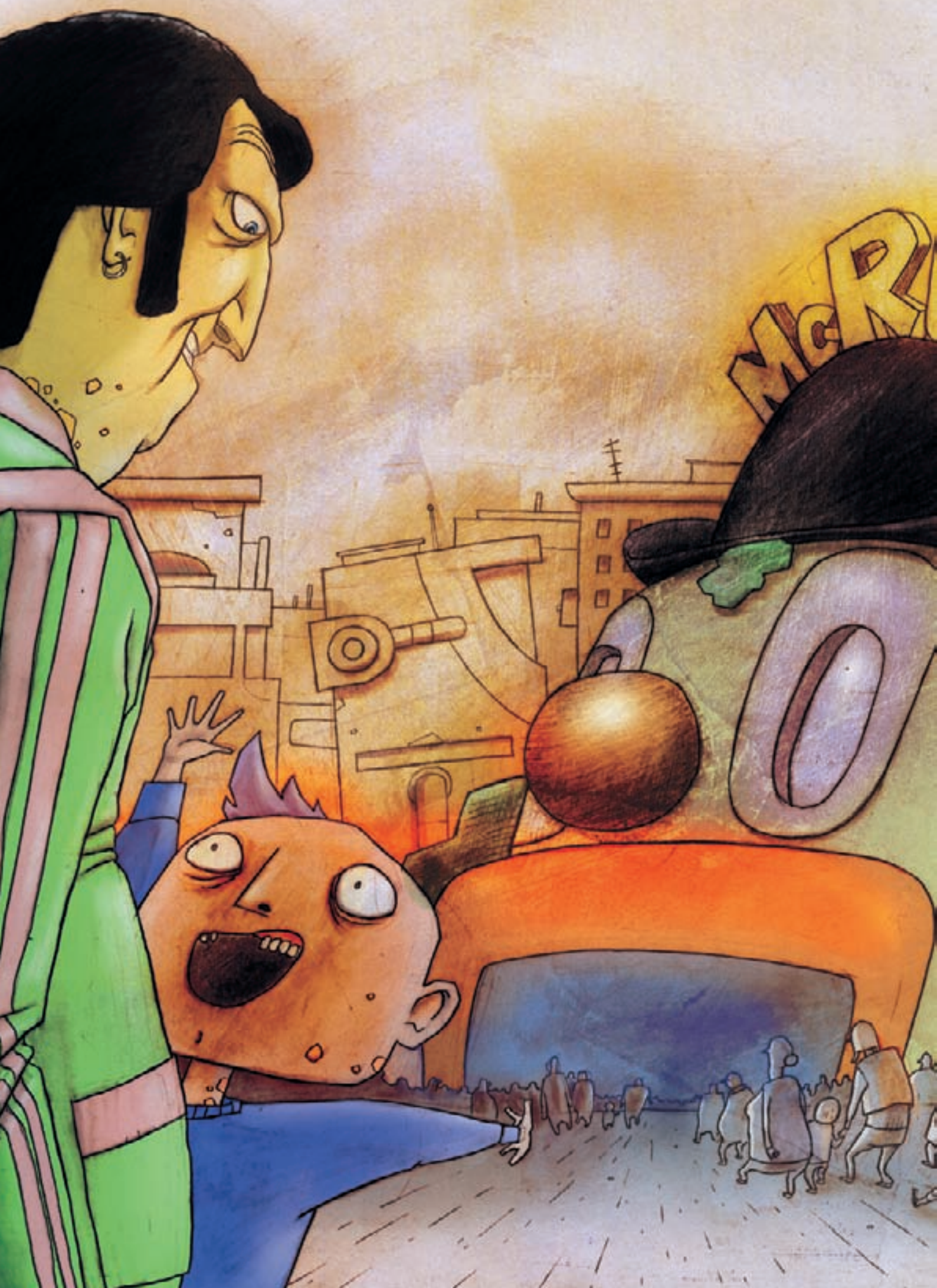
– “¡Sí que lo tenéis!”

Todos le miraron. “Cuatro interrogaciones – pensó para sí mismo – y yo la exclamación.”

– “Sí que tenéis suficiente viento.”

– “¿Dónde?” – preguntó Rita. “¿Dónde hay tanto viento en Jonia?”

Ramón respiró hondo: “En el Punto Negro” – dijo.







## Capítulo 4

## UNA ESPANTOSA SOSPECHA

Sin ninguna protesta por parte de nadie, Rita se había erigido en líder, ahora que Regina no estaba. Dio a los demás las órdenes precisas y ellos las cumplieron lo mejor posible.

– “Rubén, instala el molino en el Punto Negro. Renata y Ramón ayudadme a instalar el ordenador. Raúl, encuentra las instrucciones.”

– “¿Las instrucciones? ¿Qué instrucciones?”

– “Las instrucciones de la aero-casa. En especial las del sistema de pilotaje automático.”

– “Yo no tengo ningunas instrucciones.”

Rita palideció:

– “Necesito las instrucciones si tengo que abortar el piloto automático de la aero-casa... Tiene que haber unas instrucciones por alguna parte.”

– “¿En la biblioteca? – sugirió Renata.

– “¿Está muy lejos?”

– “Diez minutos jonianos, si corremos” – dijo Raúl.

– “Entonces tendremos que correr” – dijo Rita. “Rubén, saca el molino del Punto Negro.”

– “No funcionará” – dijo Raúl. “No hay viento en la biblioteca. Ni siquiera tienen un ventilador en el techo.”

– “Entonces alguien tendrá que ir corriendo a la biblioteca y traer corriendo también un libro que tenga planos de una aero-casa.”





– “Eso tampoco se puede hacer, porque en las bibliotecas jonianas no nos dejan sacar libros. Cuando queremos leer uno, vamos a una bibliocabina que tiene un ordenador y navegamos por internet hasta encontrarlo. Entonces nos aparece en la pantalla.”

Un sentimiento de impotencia se cernía sobre Ramón.

– “¿No hay nada que podamos hacer?”

Raúl meneó la cabeza.

– “No” – dijo. “Lo único que podemos hacer es esperar tenga un buen aterrizaje cuando la aero-casa llegue a la cima de la colina.”

– “Nadie tiene un buen aterrizaje en un cementerio de coches: te estrellas” – dijo Rubén.

Los ojos de Rita se empequeñecieron y su frente se arrugó, pensando, mientras escuchaba a los otros. Luego abrió mucho los ojos y las arrugas desaparecieron.

– “Regina no va a estrellarse en un cementerio de coches, ni mucho menos” – dijo. “¿Quién corre más de todos vosotros?”

– “Yo corro muy deprisa” – dijo Ramón.

– “Yo corro como una bala” – dijo Rubén. Soy el campeón juvenil de Jonia. Corro mucho más deprisa que Raúl, aunque él sea mayor...”

– “Muy bien” – dijo Rita. “Ramón y Rubén irán corriendo a la biblioteca a coger un plano que muestre cómo está construida una aero-casa.”

Les dio una cámara para escanearlo.

– “Tenéis que escanear el plano con ella y, después, darle a este botón Cuando lo hagáis, yo recibiré la imagen aquí, en mi pantalla, y podré empezar a analizarla con mi programa. No, Rubén, no me preguntes. No tenemos tiempo para más preguntas. ¡Moveos!”

Medio minuto joniano después, Ramón y Rubén corrían calle abajo, hacia la biblioteca. Rubén no había exagerado al decir que era un buen corredor. A pesar de que Ramón era casi el doble de grande que él, llegó el primero por muy poco. El pequeño Gurú había salido como una flecha y parecía que sus pies no tocaban el suelo. Cuando entraron en la biblioteca, miró el reloj y silbó de satisfacción.

– “¡Nuevo récord personal!” – dijo. “Las bibliocabinas están en el primer piso.”

Y Empujó a Ramón por un largo corredor.

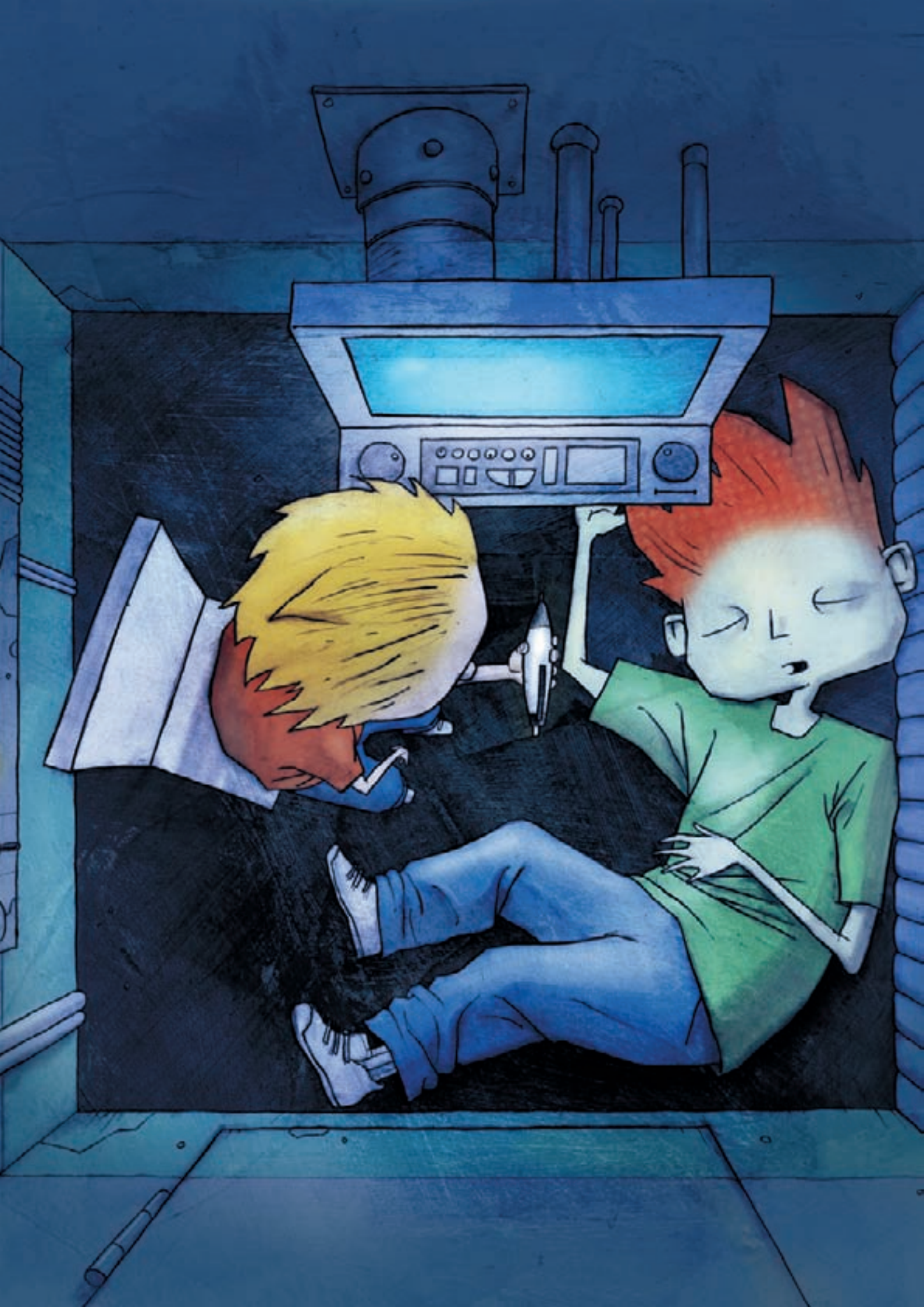
– “¡Espabila!” – dijo. “El ascensor está por aquí.”

– “¿Estás tan cansado que tienes que coger el ascensor para ir al primer piso?” – le preguntó Ramón, provocador.

– “¡No estoy cansado en absoluto!” – se picó Rubén. “Es que aquí no hay escaleras”.

– “¿Qué?”

– “La mayoría de nosotros ya no subimos escaleras nunca. Las escaleras no gastan energía, así que los jonianos tendrían que usar su propia energía para subirlas. Y eso no les gusta.



Les gustan las cosas fáciles. Lo que significa que gastan montones de energía, mientras no sea la suya. En esta biblioteca, por ejemplo, hay catorce ascensores. ¡Mira! Ahí viene uno." Empujó a Ramón dentro del ascensor, que era el ascensor más pequeño que había visto en su vida.

– "Son ascensores personales" – le explicó. "Funcionan con gasolina antigua y emiten muchos gases tóxicos. Si te apretujas, habrá sitio para mí también. Así ahorraremos energía."

Ramón se encogió tanto como pudo y Rubén se subió a sus hombros.

– "Voy a darle al botón. Tápate los oídos: esto hace mucho ruido."

El ascensor era demasiado estrecho para que Ramón pudiera taparse los oídos con las manos. Pero las rodillas de Rubén casi le aplastaban las orejas y eso ayudaba a amortiguar el ruido del motor del ascensor. Aún así, sonaba como un avión al despegar. Y, aunque solo iban al piso de arriba, pasaron unos minutos antes de que salieran del dichoso ascensor.

– "Vamos" – dijo Rubén, precipitándose por el corredor. "Las bibliocabinas están por allí"

Encontró una cabina vacía y empujó a Ramón delante de él. En una de las paredes había un panel con botones y un joystick. En la de enfrente había una pantalla. La tercera pared estaba cubierta de cables de calefacción eléctrica. Y la cuarta pared... en el lugar de la cuarta pared no había pared alguna. Era la puerta por la que habían entrado. Enfrente del panel de una de las paredes había una especie de silla metálica. Ramón se sentó en ella. La temperatura era asfixiante en aquella pequeña habitación. Estaba extenuado y mareado y le pitaban los oídos, pero Rubén parecía estar en plena forma.

– "Date prisa" – dijo – "Saca la cámara láser mientras encuentro los planos" .

Ramón intentó alzar la mano y se dio cuenta de que casi no podía moverse. Miró a Rubén. La cara del pequeño se volvió borrosa cuando Ramón intentó enfocarla con sus ojos.

– "¡Ramón!"

Ramón intentó contestar, pero no pudo articular palabra. Rubén se inclinó hacia él.

– "¡Ramón! ¡Corre! ¡La cámara láser!"

La cara de Rubén estaba tan sólo a unos centímetros de la suya. Ramón cerró los ojos. El sonido de la respiración jadeante de Rubén cubría el pitido de sus oídos. Y ese olor... ¿Qué era ese olor? Un olor dulzón y nauseabundo a saliva y... azúcar. Entonces todo se volvió negro.

– "¡Ramón! Tienes que despertarte ¡Ramón!"



Ramón abrió los ojos. Le dolía la cabeza como si alguien intentara entrar ella a través de su cráneo, pero había recuperado la consciencia estaba tumbado boca arriba y miraba fijamente a Rubén, que tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando, pero que ahora le sonreía.

– “Creí que estabas...”

Dejó la frase sin terminar y se frotó los ojos. Ramón se incorporó despacio. Por lo menos su cabeza estaba donde se suponía que debía estar.

– “Rubén” – dijo.

– “¿Sí?”

– “¿Dónde estamos?”

El pequeño le fue contando:

– “Fuera de la biblioteca. Estabas a punto de coger la cámara láser cuando, de repente... Creí que... Pero afortunadamente no. Te arrastré fuera de la bibliocabina, hasta el ascensor y afuera, yo solito. Aunque soy más pequeño que tú. No me imaginaba lo fuerte que soy. Estaba seguro que estabas...”

Se calló y se restregó los ojos de nuevo.

Ramón miró hacia arriba. El cielo estaba oscuro.

– “¿Cuánto tiempo llevo aquí tendido?” – preguntó.

– “Varias horas. Solo faltan dos para la competición.”

– “¿Y Regina? – preguntó Ramón. – “¿Has salvado a Regina?”

Ramón se levantó del suelo y miró a Rubén, que parecía ausente y bajaba los ojos.

– “No” – susurró – “no pude.”

Sacó la pequeña cámara láser de su bolsillo y se la dio a Ramón, que se había quedado helado.

– “Todo lo que tenías que hacer era apretar el botón” – dijo con voz apagada.

– “Yo... yo... se me olvidó” – dijo Rubén sollozando.

– “Llorar no sirve de nada” – dijo Ramón en voz todavía más baja.

– “Sí. Ayuda un poco” – susurró Rubén.

Ramón señaló la cámara-bolígrafo y gritó:

– “¡Todo lo que tenías que hacer era ESTO!”

Por encima de Rubén se hizo la oscuridad. Porque Ramón había apretado el botón del sensor de imagen, que se encendió sobre la frente de Rubén. El texto que apareció en su cabeza podía leerse tan claramente como si estuviera en una televisión digital.



TODO BIEN. REGINA ESTÁ  
DE VUELTA. M.C.

Ramón Se quedó mirando a Rubén durante unos segundos, sin poder hablar. Entonces se dirigió a él despacio. Rubén levantó los brazos para defenderse.

– “No me pegues” – sollozó. “No lo pude remediar.”

Pero Ramón no iba a pegarle. En cambio, le dio un gran abrazo.

– “¡Oh, Rubén!” – dijo – “¡Qué feliz soy!”

Rubén le separó se sí. Miró con inquietud a Ramón y le temblaba la voz cuando dijo:

– “Tranquilo. El tío Rubén va a ir a buscar al médico.”

Cuando Rubén y Ramón volvieron al cuartel general, Regina ya estaba contándoles a los otros lo que había pasado.

– “...Y, justo cuando estaba segura de que había llegado mi última hora, la aero-casa se detuvo con una sacudida. Los cerrojos automáticos de la puerta se desactivaron y pude salir. Descubrí que me había parado a pocos metros de la cima de la colina.”

– “Tuviste suerte.” – dijo Rubén.

– “No” – dijo Regina – “No lo creo. No creo que quién me secuestró quisiera matarme.”

– “Así que no era un asesino” – dijo Rubén - “Perdonadme, pero tengo que ir a lavarme los dientes. Todavía tengo el desagradable sabor a azúcar del spray que me echaron los niños hiperactivos. Me voy a una rama de árbol ahí fuera, para no molestar.”

Salió de la casa en el árbol, cerrando la puerta tras de sí.

– “Si él no quería matarte, ¿Por qué hizo lo que hizo?” – preguntó Renata.

– “Él o ella” – dijo Raúl.

– “O ella” – dijo Renata, ruborizándose.

– “Yo creo que quién lo hizo, lo hizo para retrasarnos e impedir que boicoteáramos el concurso de “Usar y Tirar” – dijo Regina.

Raúl miró el reloj.

– “Y se las ha apañado muy bien ella” – dijo.

– “O él” – dijo Renata.

– “O él” – dijo Rubén, ruborizándose. “Sólo falta una hora para que empiece la competición.”

– “¡Tiene que haber algo que podamos hacer!” – dijo Regina – “Todavía no es demasiado tarde.”

- “¡Escuchad!” – dijo Raúl.
- “¿Qué?” – preguntó Ramón.
- “¿No oís?”

Los cinco contuvieron el aliento. Ahora también lo oía Ramón. Un tenue sonido. Justamente fuera de la casa del árbol. Raúl se puso un dedo en los labios. Se arrastró silenciosamente hacia la puerta y la abrió repentinamente.

- “¡Ya te tengo!” – gritó. “¡Te cogí, malandrín!”

Rubén soltó su cepillo de dientes como si fuera una patata caliente, pero no se lo sacó de la boca. Parecía que estaba fumándose un cigarro. Un gran cigarro rosa que producía un tenue sonido.

– “Así que ¿eso es lo que se hace ahora? ¿Estar fuera limpiándose los dientes con un cepillo eléctrico secreto?” – dijo Raúl con voz inquisitiva.

- “Yo...yo...” – balbuceó Rubén.

Los demás salieron de la casa del árbol. Renata le sacó el cepillo de la boca y lo apagó.

- “Rubén” – dijo – “¿Se puede saber qué haces?”

– “Sólo me estaba cepillando los dientes” – dijo él, tratando de parecer lo más inocente posible.

- “¿Con ese cepillo?” – dijo Raúl.

- “Pues sí. No es tan malo, ¿no? Y, además, funciona con pilas. Eso no puede ser muy...”

- “No es solamente el cepillo” – dijo Raúl. “Es todo el spray de caramelo que te echaste.”

– “No fue tanto” – dijo Rubén, encogiéndose de hombros. “Además fueron los niños los que...”

- “Y con él ¿qué?” – dijo Regina. “Te quisiste bañar en el estanque.”

- “¡Solo una vez!” – dijo Rubén. “Solo lo hice una vez.”

- “Una vez ya es mucho” – dijo Raúl.

- “La verdad es que estabas ansioso por que llegara el concurso, ¿no?” – añadió Raúl.

“Tú eres el traidor, ¿verdad?”

– “¡NO! – gritó Rubén. “¡Yo no soy un traidor! ¡Soy un Gurú de la Lluvia! ¡Soy un verdadero Gurú!”

- “No” – dijo Ramón pensativo. “No te creo.”

Todos le miraron. Habían estado tan absortos en la historia de Regina que ninguno se había preguntado por qué Rubén y Ramón habían fracasado en su misión. Ahora Ramón les contó todo: cómo la cara de Rubén se había vuelto borrosa, cómo el repugnante olor dulzón a caramelo le había mareado, cómo se quedó sin conocimiento y Rubén dijo que no se acordaba de cómo se usaba la cámara láser.

- “¡Pero era verdad! – gritó Rubén. “Y además te salvé arrastrándote al aire fresco.”

- “¿A qué aire fresco te refieres?” – dijo Regina.
- “Bueno, le salvé ¿no?” – dijo Rubén. “Si no hubiera sido por mí, se hubiera...”
- “Lo que pasa es que no eres un asesino” – dijo Rubén. “Solo eres un niño malo.”

Rubén miró a Renata con desesperación.

- “Tú, por lo menos, me crees ¿no? ¡Al fin y al cabo eres mi hermana!”

Ella meneó la cabeza.

- “Lo haría si pudiera” – dijo ella tristemente. “Pero no puede ser nadie más que tú.”
- “Sí puede ser” – dijo Rubén desesperadamente. “Por ejemplo, puede ser...”
- “¿Qué vamos a hacer con él?” – preguntó Raúl.
- “Encerrémosle en nuestra casa del árbol” – dijo Renata.
- “¡Primero tendréis que probar que soy culpable! ¡No podéis arrestarme solo por una sospecha!” – dijo Rubén muy enfadado. “¡Eso no es legal!”
- “No tenemos tiempo de probar nada ahora” – dijo Regina. “Ya lo haremos cuando haya pasado todo.”

Ramón no sabía que había más casas en el árbol, pero las había. La casa en la que estaban era el cuartel general. Dos ramas más arriba había otra que pertenecía a Renata y Rubén.

Un poco más arriba estaba la de Raúl y, en lo más alto, estaba la casa de Renata. Así los miembros del club podían irse a sus casas si querían estar solos. Rubén berreó, chilló, pataleó y arañó, pero no consiguió nada. Renata y Raúl le arrastraron hacia arriba y le encerraron en su casa del árbol.

Cuando volvieron abajo, Ramón se dio cuenta de que Renata había estado llorando. Rita la rodeó con su brazo y le dijo:

- “No te preocupes Renata, estoy segura de que en el fondo es un buen chico.”
- “Y no es un asesino” – Dijo Regina. “¿Quién sabe?, quizá se convierta en un verdadero Gurú de la Lluvia algún día.”
- “Pues tenemos que asegurarnos de que ese día existirá” – dijo Rita. “Dentro de una hora será media noche.”







## Capítulo 5

## EL SECRETO DE RONALDO RODRÍGUEZ

La enorme aero-casa de Ronaldo Rodríguez estaba aparcada en el asfalto detrás de la alambrada. La maquinaria no estaba en funcionamiento. Todas las ventanas estaban a oscuras, menos una en la parte delantera. Desde aquí Ronaldo Rodríguez apretaría el botón para dar comienzo al concurso de "Usar y Tirar". Todo estaba negro como el betún y mortalmente quieto, excepto esa ventana, pero Ramón sabía que no duraría mucho tiempo. En tres cuartos de hora Jonia se inundaría de un frenesí insano de luces, calefacciones y rugido de motores. La aero-casa de Ronaldo Rodríguez despegaría del suelo y se elevaría con una nube de humo y una estela de fuego.

Ramón pasó cuidadosamente a lo largo de la alambrada. Regina le había dicho que había un punto flaco en ella. Cerca de la puerta. La empujó. Los cables que la formaban eran de acero. La alambrada se movió un poquito, pero era muy fuerte. Se aproximó a otro punto. Allí tampoco tenía la alambrada ningún fallo. Unos pasos más. Aquí la alambrada no era tan abultada, parecía más bien papel de lija. La empujó. Hubo un crujido, pero la verja resistió. Sin embargo, la parte que había empujado se agrietó en sus manos. Se frotó las palmas porque sentía que se le había quedado algo pegado. Era algo como arenilla. ¡Era óxido! ¡La verja estaba oxidada! Por una vez la decadencia de este planeta le servía de ayuda. Sacudió con la alambrada con todas sus fuerzas. ¡Una y otra vez! Hasta que, una de las veces, se quedó con un trozo de alambrada en la mano. El agujero que había dejado era justo lo que necesitaba para colarse.

Después de encerrar a Rubén en la casa-árbol, los Gurús de la Lluvia acordaron que sólo había una cosa que pudieran hacer para prevenir la catástrofe. Jonia no era muy grande y el concurso de "Usar y tirar" no empezaría hasta que Ronaldo Rodríguez apretara oficialmente el botón para que comenzara en todo el planeta. Si los Gurús pudieran impedir que lo pulsara, podrían continuar en su esfuerzo de hacer entender a la gente que no arruinase su vida con sus malos hábitos. Porque lo que hacían repercutiría, no solo en sus vidas, sino en las de sus hijos, las de sus nietos y las generaciones venideras. Si es que había generaciones venideras, claro. Y no las habría si los jonianos seguían viviendo del modo en que vivían.

Cada cosa a su tiempo. Ahora lo importante era parar a Ronaldo Rodríguez. Y, para ello, debían entrar en su casa y hacer un cortocircuito en el panel del botón que tenía que pulsar, en la cabina de mandos de su aero-casa. Si iban todos juntos los cogerían en el

acto. Era mejor que fuese uno solo. Ramón sugirió ir él, porque Ronaldo Rodríguez no le conocía.

Sospecharía de cualquier Gurú porque los despreciaba. Pero nunca había visto a Ramón, así que, si le descubrían, podría inventar alguna excusa y escapar. Cuando Rita sugirió que ella debería ir, porque Ronaldo Rodríguez tampoco la conocía, Regina insistió en ir con ella. Ramón no entendía por qué Regina insistía en ir con ella, pero el resultado fue que le tocó ir a él. Solo.

Rita le había dado un reloj especial. Era también un transmisor, que se recargaba con el molino de viento instalado en el Punto Negro, al mismo tiempo que el ordenador. Además, Raúl le había dado un spray de azúcar. Ronaldo Rodríguez tenía un perro llamado Óxido, al que le gustaba mucho el spray de azúcar. Cuando le rociara con ese spray que le había dado Raúl, el perro se quedaría muy tranquilo y se echaría una cabezadita. Pero tenía que tener mucho cuidado en rociarle solo una vez, porque, si le daba mucho spray, Óxido se volvería hiperactivo y saltaría y ladraría como si estuviera loco.

Ramón se arrastró por el asfalto. Había una escalerilla muy alta que subía hasta la puerta trasera de la aero-casa. Cuando llegó al pie de la escalerilla, encendió el transmisor.

– “He pasado la alambrada” – susurró. “Ahora voy a subir a la aero-casa.” Y apagó el transmisor sin esperar respuesta.

Dentro todo estaba negro como el betún, pero el reloj especial que le había dado Rita, tenía también una función de linterna. Pensaba que no se atrevería a usarla, pero no tenía otra opción, porque, verdaderamente, no se veía nada. La encendió y un intenso rayo de luz iluminó la habitación. Estaba en un salón con sofás, sillas, una mesa y un escritorio. El salón era completamente normal, salvo que todo el mobiliario estaba hecho de hierro oxidado. No había ningún perro, pero en la pared del fondo había una puerta. Ramón atravesó de puntillas el salón, abrió la puerta y dirigió el rayo de luz de su linterna hacia el corredor que encontró, al final del cual había otra puerta. Estaba entreabierta y se veía luz tras ella. Solo habían visto luz en una zona de la aero-casa y era justamente donde Ronaldo Rodríguez tendría pronto que apretar el fatídico botón. Ramón esperó que no estuviera ya dentro de esa habitación.

Cuando llegó a la puerta, se paró a escuchar. Escuchó una mezcla de ruidos amortiguados. De repente se sintió impotente. Ronaldo Rodríguez estaba ahí dentro, hablando consigo mismo. Eso ya era bastante malo, pero podría ser peor: ¡podría ser que no estuviera solo!

Cuando Ramón temía hacer algo que tenía que hacer, realmente se sentía muy asustado. Pero, por alguna razón, su miedo se esfumaba cuando empezaba a hacerlo. Si él



hubiera sabido ayer por la mañana que iba a ir volando por el espacio montado en una peonza al día siguiente, probablemente no hubiera podido dormir en toda la noche. Afortunadamente, no sabía nada y, cuando estuvo volando, no tuvo miedo.

– “Tenemos suerte” – pensó. “No sabemos las cosas que nos pueden suceder porque, si no, estaríamos asustados todo el tiempo.”

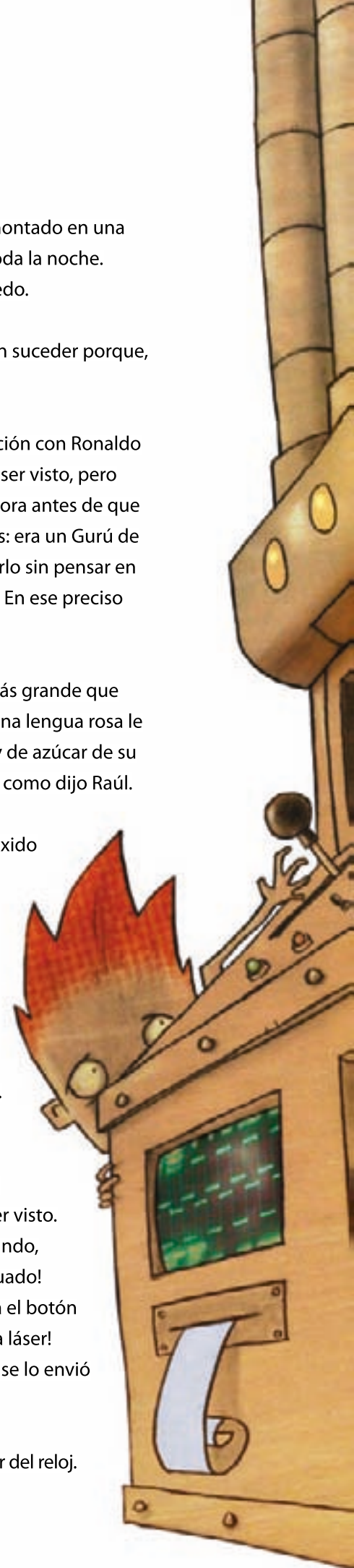
Pero ahora estaba asustado. Le daba miedo pensar en entrar a la habitación con Ronaldo Rodríguez dentro. No sabía como iba cortocircuitar el famoso botón sin ser visto, pero sabía que tenía que hacerlo, como fuera. Tenía menos de un cuarto de hora antes de que empezara el concurso, como estaba programado. Y no había vuelta atrás: era un Gurú de la Lluvia. Había venido de la Tierra a salvar este planeta y tenía que hacerlo sin pensar en lo que le pasase a él. Tragó saliva y acercó la mano al pomo de la puerta. En ese preciso momento sintió a alguien detrás de sí.

Se giró rápidamente y se encontró cara a cara con la bocaza del perro más grande que había visto en su vida. Parecía un oseño. Su pelaje era marrón rojizo y una lengua rosa le colgaba entre los afilados dientes. Inmediatamente Ramón sacó el spray de azúcar de su bolsillo y roció a Óxido en su boca abierta. No mucho. Solo lo suficiente, como dijo Raúl.

Ramón nunca antes había visto sonreír a un perro, pero eso era lo que Óxido estaba haciendo. Metió la lengua en la boca, elevó las comisuras de sus mandíbulas en una amplia sonrisa, parpadeó alegremente, movió la cola un par de veces y se tumbó plácidamente en el suelo. Sonreía apaciblemente a Ramón, que abrió la puerta con cautela, ya sin miedo. Ya estaba haciendo lo que tenía que hacer.

Ronaldo Rodríguez estaba solo. Estaba sentado en la cabina de mandos, frente la ventana, de espaldas a Ramón. Fuera todo estaba negro como el betún, pero Ronaldo Rodríguez no estaba mirando fuera. Miraba hacia el suelo. Sus hombros se movían a sacudidas. ¡Estaba llorando! Se cogió la cabeza con las manos y sollozó ruidosamente, sin percibir a Ramón que se había acercado de puntillas al panel de control instalado en la pared. Quizá hubiera una posibilidad de marcharse sin ser visto. Ramón estaba ahora junto al panel. Ronaldo Rodríguez continuaba llorando, como si le hubieran roto el corazón. ¡Tenía que encontrar el botón adecuado! Había montones de ellos ¿cuál sería el que buscaba? Porque, si apretaba el botón equivocado y la aero-casa salía volando... ¿Qué podía hacer? ¡La cámara láser! Sacó el bolígrafo que le había dado Rita, fotografió el panel de control y se lo envió a Rita al ordenador.

¿Dónde está el botón de inicio del concurso? – le susurró en el comunicador del reloj.



En dos segundos tuvo la respuesta:

“El tercer botón empezando por la izquierda, en la segunda fila.”

Ramón desconectó el transmisor y levantó la mano. Era ahora o nunca. Ramón Robles iba a realizar la acción más heroica de su vida. Su dedo iba ya camino del botón, cuando se produjo un alocado frenesí en la habitación. Ramón notó que algo le atacaba por detrás.

En un instante se encontró en el suelo, con Óxido encima de él. Gracias a dios que no estaba enfadado. Al contrario. Primero le lamió repetidamente. Luego saltó y jugueteó por toda la habitación, ladrando como si se estuviera volviendo loco. Luego saltó sobre Ronaldo Rodríguez, le lamió la cara, apartó su cabeza de él y lanzó un aullido que sonó como un grito de satisfacción. Después Óxido volvió a saltar hacia Ramón, ladrando alegremente y moviendo la cola como si fuera una hélice. Después de lamerle la cara a Ramón por segunda vez, el perro echó una carrera hacia la puerta y desapareció por el corredor aullando histéricamente.

Ronaldo Rodríguez se había levantado y ya no lloraba. Su cara carecía de expresión cuando se volvió hacia Ramón y dijo con voz estridente:

– “Azúcar. Le has dado azúcar, ¿no?”

Ramón no contestó. La primera vez que había visto a Ronaldo Rodríguez, tenía la cara blanca. Ahora vio dos rayas de rojo óxido en sus mejillas.

– “Me temo que has calculado mal la dosis.” – dijo Ronaldo Rodríguez con voz ronca, atrapando a Ramón por el brazo

– “Los Gurús de la Lluvia habéis perdido.”

Y comenzó a reírse. Pero no era una risa alegre. Era aguda, fuerte y llena de desesperación.

– “Le compadezco” – pensó Ramón.

No sabía cómo se le podía haber ocurrido aquel pensamiento, pero sentía que era verdad. Había algo familiar en el llanto de Ronaldo Rodríguez. Pondría la mano en el fuego para afirmar que había sentido compasión. Sentía pena por él y no le tenía miedo.

– “¿Por qué está tan triste?”

La risa de Ronaldo Rodríguez se cortó con un golpe de tos.







- “¿Qué?”
- “¿Por qué está llorando?”
- “No estaba llorando: me estaba riendo.”

Ramón negó con la cabeza.

- “No. Estaba llorando. Lloraba... porque...”

De repente Ramón supo por qué le parecía familiar el llanto de Ronaldo Rodríguez. Ramón había sentido lo mismo dos veces desde que saliera de la Tierra. La primera vez fue en Roñilandia, cuando Roñy le había dicho que allí no se moría nadie, que solo se oxidaba. La segunda vez fue cuando encontró la GRAN BOLSA de plástico y le empezaron a castañetear los dientes.

¡Era añoranza! ¡Morriña! ¡Ramón sabía exactamente lo que sentía Ronaldo Rodríguez!

- “Lloras porque tienes morriña.” – le dijo.

Ronaldo Rodríguez abrió la boca para decir algo, pero nada salió de sus labios. Quiso reírse, pero todo lo que pudo hacer fue sorberse los mocos. Finalmente dejó de fingir y asintió, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

- “¿Cómo lo sabes?” – preguntó sordamente.
- “Porque yo también tengo morriña” – dijo Ramón. “Tampoco soy de Jonia: soy de la Tierra. Y tú ¿de dónde eres?”

Aunque Ramón ya intuía lo que Ronaldo Rodríguez iba a responder, no pudo por menos de estremecerse cuando lo dijo.

- “Soy de Roñilandia y nunca podré volver a mi hogar.”

Las tormentas siempre empiezan con una primera gota. Las primeras gotas que habían aparecido en las mejillas de Ronaldo Rodríguez se convirtieron en un torrente y toda la morriña contenida salió de él desbordándose. Su familia había venido a Jonia hacía muchísimos años, antes de que nacieran sus abuelos. Nadie sabía por qué habían venido aquí y ahora todos los que habían emigrado desde Roñilandia estaban muertos. Cuando él era pequeño, su abuela le había contado fabulosas historias del planeta en el que los niños nacían con el pelo blanco, en el que todos se lavaban para ensuciarse, en el que nadie se moría, sino que se oxidaba. Ronaldo nunca había perdido la ilusión de volver a ese mundo. Él mismo había nacido con el pelo blanco y, cuando empezó a envejecer, habían ocurrido otros cambios en su cuerpo: se había empezado a oxidar.



Había intentado parecer como los demás, usando maquillaje. De vez en cuando, cuando llovía o llovía, se le iba el maquillaje y su oxidación se hacía visible. Ni Ronaldo ni su familia estaban a gusto en Jonia. No les gustaba el clima. Y, aunque el pequeño planeta cada vez estaba más contaminado, no era bastante para ellos. El agua era aún demasiado pura, la comida demasiado sana, el aire demasiado limpio. Todos los miembros de su familia estaban enfermos y Ronaldo solo tenía un deseo: no quería morir en Jonia; quería oxidarse en Roñilandia. Pero, como no podía volver, él había decidido utilizar lo que le quedaba de tiempo para convertir Jonia en un lugar lo más parecido posible a Roñilandia.

La batalla estaba servida en Jonia. Por un lado estaban los que gastaban toda la energía que querían, sin preocuparse para nada del futuro. Por otro estaban los Gurús de la Lluvia, que se consagraban a mantener pura el agua, la tierra limpia y fresco el aire que podían encontrar aún en Jonia. Sí. Querían conservar lo que tenían como lo tenían; e, incluso, querían recuperar lo que estaba deteriorado y restablecer lo destruido. Si lo conseguían, la familia Rodríguez moriría. Pero, si él conseguía que el ritmo de polución acelerase, Jonia se convertiría en un paraíso en el que los Rodríguez podrían oxidarse durante los siglos venideros.

Ramón no había dicho nada mientras Ronaldo Rodríguez habló. Pero ahora dijo:

– “Y ¿qué les pasará a los demás?”  
– “¿Qué quieres decir?”  
– “Los jonianos. ¿Qué les pasará a ellos si las cosas salen como usted quiere que salgan?”

Ronaldo Rodríguez se encogió de hombros.

– “Desaparecerán, supongo.”  
– “Se morirán” – dijo Ramón. “¿Le parece a usted bonito?”  
Ronaldo Rodríguez bajo los ojos.

– “No lo había pensado nunca” – dijo muy bajito. “Nosotros, los roñilandianos, no sabemos pensar en nadie más que en nosotros.”

De repente parecía tan triste que Ramón volvió a compadecerle. Se tiene que sentir uno muy solo si sólo piensa en sí mismo.

Ronaldo Rodríguez miró el reloj.

– “Bueno, me parece que ya es hora de dar comienzo a la competición” – dijo. “Dentro de treinta segundos será media noche.”  
– “¡Espere!”

Ronaldo Rodríguez se volvió hacia Rubén.

- “¿Qué pasa?”
- “¿Qué diría si yo le explico cómo puede volver a Roñilandia? ¿Cancelaría el concurso?”
- “Si tú pudieras decirme cómo volver a Roñilandia, cancelarí cualquier cosa y me iría allí.”
- dijo mirando a Ramón sin comprender. “Pero tú no puedes enseñarme eso: solo eres un niño.”
- “He estado allí.” – dijo Ramón.
- “¿Tú?”
- “Sí.”
- “Y ¿cómo llegaste allí?”
- “Montado en una peonza.”
- “Vale,” – dijo Ronaldo Rodríguez sin darle ningún crédito. “Voy a pulsar el botón.”
- “¡Pero si es verdad!” – exclamó Ramón. “Y también llegué así aquí. Me trajo una Gurú de la Lluvia desde la Tierra. Transferimos nuestra energía a la peonza y ella la toma y nos lleva”.

Ronaldo Rodríguez se acercó al botón para pulsarlo.

- “¡Espere!” – gritó Ramón. “Cuando iba de vuelta a la Tierra, me perdí y aterricé en Roñilandia.”
- “Y ¿por qué te perdiste?” – preguntó Ronaldo Rodríguez.

Su dedo índice estaba a dos centímetros del botón.

- “Por culpa de un abrazo.”
- “¿Por un abrazo?”
- “Sí” – dijo Ramón. “Recibí un abrazo de una persona a la que quería muchísimo. Fue el abrazo más grande y más fuerte que me han dado nunca. Eso me dio muchísima energía y me pasé, volando hasta Roñilandia.” No había estado seguro de esto antes, pero ahora pensaba que esa debía ser la explicación. Algunas veces los pensamientos le venían a la cabeza cuando más los necesitaba y, como si fuera una ley, eso le sucedía cuando no se daba cuenta de que los necesitaba. En fin, un lío.
- “¡Si le da un abrazo verdaderamente muy grande una persona a la que quiere mucho y tiene una peonza especial, usted también puede ir a Roñilandia! ¡Créame, porque es verdad!”

Durante un par de segundos Ronaldo Rodríguez se quedó mirando fijamente a Ramón. Luego, dejó caer su brazo y parpadeó.

- “Te creo” – dijo despacio. “Tu historia es tan inverosímil que me parece que no te la has podido inventar.” Y sacudió la cabeza dubitativamente. “Pero es imposible.”

– “¡No! ¡No lo es!” – insistió Ramón. “Puede suceder, ¡ya lo verá!”

Ronaldo Rodríguez se enjugó una lágrima, que había marcado otro rastro de óxido en su mejilla.

– “No” – dijo tristemente. “Desafortunadamente yo no quiero a nadie más que a mí mismo”

Ramón le sonrió:

– “Me parece que eso no es verdad.”

Ronaldo Rodríguez se sonrojó.



## **Capítulo 6**



## EL MILAGRO DEL PARQUE

El parque estaba lleno de jonianos. Ronaldo Rodríguez había apretado dos botones: el de cancelación del concurso y el de asamblea, que significaba que iba a anunciar algo importante a todo el mundo. Había unos 20.000 jonianos viviendo en el planeta y no hubo que esperar mucho para que todos ellos estuvieran reunidos al otro lado de la alambrada. Hasta allí fueron Ronaldo, Óxido y Ramón, para decirles que mejor se fueran a aparcar en el parque. Eran las doce y media de la noche y los jonianos se estaban cansando. Y, además, muchos de ellos estaban enfadados porque el concurso había sido cancelado, pero no dijeron nada. Porque cuando Ronaldo Rodríguez daba una orden, tenía que ser obedecida. Ramón había contactado con el cuartel general de los Gurús de la Lluvia y les había contado todo, para que pudieran hacer los preparativos necesarios.

Ya eran casi las 2 de la madrugada. Ronaldo y Ramón aún no habían llegado. Los Gurús se entretenían cantando su canción, pero no habían sido capaces de congregarse a ningún joniano para que cantase con ellos. Todos estaban impacientes y algunos habían murmurado que ya era hora de regresar a casa y producir algunos gases tóxicos. Se habían acostumbrado tanto a contaminar, que ya era un hábito en ellos. Cuando Ronaldo y Ramón llegaron, no iban solos. Una larga fila de familiares de Ronaldo Rodríguez les seguía. Ronaldo había perdido a sus padres y a su esposa cuando, desafortunadamente, habían caído en una charca de agua limpia. Todos los demás miembros de la familia estaban allí: los abuelos, el tío y la tía y los dos primos, que llevaban en sus brazos sus 3 niños, cada uno con un gato en su regazo. También venía Óxido, el perro. Iba saltando y ladrando alrededor, lamiendo a todo el que se encontraba.

Menos mal que los Gurús estaban preparados para el gran número de familiares de Ronaldo Rodríguez que había ido al parque. Habían colocado 10 peonzas en la hierba, frente a un cajón puesto boca abajo, a modo de estrado para dirigir unas palabras. Rita, Renata y Raúl permanecían cerca de él, dando la bienvenida a todos los que iban llegando.

Los jonianos jalearon a la familia Rodríguez. No sabían por qué mostraban entusiasmo, pero pensaban que era mejor mostrar entusiasmo que no mostrarlo. La familia Rodríguez saludó graciosamente y los gatos maullaron. Óxido corrió hacia los jonianos, lamiendo a algunos, hasta volver detrás del estrado, al que Ronaldo Rodríguez se había subido.

– “¡Saludos!” – dijo Ronaldo.

– “¡Saludos!” – le contestaron los jonianos a gritos.

- “¿Estáis disgustados?” – les preguntó también a gritos.
- “¿Por qué?” – le contestaron los jonianos, gritando más aún.
- “Porque no he dado comienzo al concurso de “Usar y Tirar” – vociferó Ronaldo.
- “Sí” – aullaron casi todos los jonianos, tapando la voz de una niña pequeña que decía que ella no estaba tan disgustada.
- “Tranquilos” – gritó Ronaldo.
- “Si usted lo dice...” - Gritaron los jonianos al unísono.
- “He decidido dar una oportunidad a los Gurús de la Lluvia” – dijo.
- “¡Bien!” – dijo la niña pequeña, a la que enseguida acallaron sus padres.
- “Vamos a llevar a cabo un pequeño experimento” – continuó Ronaldo. “Si no funciona, os prometo que organizaré el concurso de Usar y Tirar más grande que se haya visto en todo el universo.”
- “¿Y usted que hará si el experimento funciona?” – preguntó la niña pequeña.
- “Si funciona... os dejaré para siempre.”
- “¡Bien!” – gritó la niña, cuya madre intentaba callar poniéndole un a mano en la boca.

Ronaldo se volvió hacia sus abuelos:

- “¿Estáis preparados?” - les preguntó Ronaldo Rodríguez.
- “Desde luego que lo estamos. Y estamos emocionados”

Ramón le había explicado a toda la familia Rodríguez lo que tenían que hacer. Habían decidido que la abuela y el abuelo fueran los primeros, porque, aunque no se preocuparan de los demás, se querían mucho el uno a la otra. Regina los acompañó a dos de las peonzas.

- “Todas vuestras” – les dijo.
- “Gracias” – dijo la abuela Rodríguez, dándole un gran abrazo al abuelo Rodríguez.. El abuelo apretó el mango de la espiral de una de las peonzas.
- “¡Hasta el infinito y más allá!” – dijo.

¡Zuuuummm! Y desaparecieron en un pis-pas.

Óxido levantó la cabeza hacia el escudo de gas y polución que enrojecía el cielo contra la negra noche.

Ronaldo Rodríguez se había quitado el maquillaje que solía llevar y sus mejillas brillaban de rojo óxido a la luz de las linternas que Raúl había colocado detrás del estrado. Se volvió hacia Ramón y le dijo: “Están volando.”

- “Sí” – le respondió Ramón. “han enfilado el camino a casa.”





El resto de la familia Rodríguez corrió hacia sus peonzas. Se abrazaron unos a otros, tan fuerte como pudieron y, uno por uno, se fueron cielo arriba. Mientras tanto, los jonianos contemplaban la escena sin comprender del todo. Los gatos se lamieron uno a otro y parecían completamente indiferentes a lo que pudiera pasar.

Ramón siguió a Ronaldo Rodríguez hasta la peonza que quedaba.

– “Ésta es suya” – dijo.

Ronaldo meneó la cabeza.

– “Muy bien, pero... ¿a quien abrazaré yo?” – dijo.

– “A alguien a quien quiera.”

– “Yo solo me quiero a mí mismo.”

– “Eso no es verdad.”

– “Además, ya no queda nadie más que yo.”

– “Eso tampoco es verdad.”

– “Sí que lo es...”

Ronaldo Rodríguez calló cuando una larga lengua rosa le lamió el cuello.

– “¡Óxido!”

– “Guau” – dijo Óxido poniéndose de pie de un salto y placándole con sus patas en los hombros.

– “¿Cómo pude olvidarme de ti? – dijo Ronaldo, dando a su perro un fuerte abrazo.

– “¡Guau, guau!” – dijo Óxido dándole a su vez un brazo con sus patazas.

Ramón no podía creer lo que veían sus ojos, pero lo que veía era real. Ronaldo Rodríguez y Óxido habían enrojecido y, cuando la mano del hombre y la pata del perro empujaron la espiral de la peonza, los dos se subieron a ella. Quedaron suspendidos en el aire por un fugaz momento. Y Ronaldo saludó a los jonianos y les dijo con una voz ronca, pero feliz:

– “¡Adiós a todos! ¡Nunca os volváis como yo!”

– “Guau, guau, guau” – ladró Óxido.

Y ¡Zuuummmm!, desaparecieron en un pis-pas.

La multitud se quedó un momento en silencio. Luego empezaron a ajetrearse.

– “Tenemos que hacer algo” – dijo Regina. “Si no se irán a sus casas.”

– “Y continuarán haciendo las cosas como están acostumbrados.”- dijo Renata.

– “¿Qué vamos a hacer?” – preguntó Raúl.



- “Pues no sé...” – dijo Regina.
- “Díselo” - dijo Rita.
- “Que les diga ¿qué?”
- “Háblales sobre la vida en la Tierra.”
- “Y ¿por qué yo?”
- “Tienes que hacerlo” – le dijo Rita. “Yo no sé hablar a grupos grandes de gente.”
- “¡Pero si no sé qué contarles!”
- “Háblales de los árboles.” Dijo Rita.
- “Y del agua.” – dijo Renata.
- “Y de los paisajes.” Dijo Regina.

Ramón se subió a la caja que hacía de estrado. Las piernas le temblaban tanto y las sentía tan débiles, que le parecía que tenía dos espaguetis cocidos en lugar de piernas.

- “Hola” – gritó.

Algunos jonianos habían empezado a marcharse a sus casas. Cuando le oyeron se dieron la vuelta.

- “¡Vengo del planeta Tierra!” – gritó Ramón.

Los jonianos le miraron con curiosidad.

– “¡En la Tierra aún tenemos aire fresco para respirar!” – continuó. “¡Podemos bañarnos en aguas limpias y las flores y los árboles crecen en la tierra!”

Los jonianos seguían mirándole con atención, pero ninguno decía nada. Ramón tomó aliento.

– “En Jonia también puede ser así, si dejáis de pensar solo en los próximos días y empezáis a imaginar la vida unos cientos de años más adelante. Pero tenéis que empezar ahora. Tenéis que cambiar vuestros hábitos. Tenéis que pensar en reutilizar y reciclar las cosas, en lugar de usarlas y tirarlas...”

Fue interrumpido por un niño gordo:

- “Y ¿por qué tendríamos que hacer eso?”
- “Porque... porque es...” – tartamudeó Ramón. “Porque hace... porque es una manera mejor de vivir.”
- “¿Por qué?” – chilló otro joniano.
- “Porque es más saludable” – dijo Ramón con la voz más calmada.
- “¡Que las cosas sean más saludables no quiere decir que sean mejores! – gritó un tercer joniano.

– “¡Eso es verdad!” – gritó un cuarto joniano. “Lo que no es saludable es más divertido y mejor.”

Ramón miró desesperanzado a los otros Gurús de la Lluvia. Rita ya no estaba allí y los otros movían la cabeza desanimados.

– “¡Si continuáis contaminando vuestro planeta, Jonia morirá! – exclamó Ramón desesperadamente.

– “¡Todo se muere, tarde o temprano!” – gritó un anciano joniano. “El momento de la muerte es indiferente. Danos una buena razón por la que no debemos seguir viviendo como lo hacemos.”

– “¡Porque nunca seremos felices!” – gritó una voccecita aguda y excitada, detrás de Ramón.

Un instante después Ramón estaba de pie detrás de él. Levantó un recipiente para que todos lo vieran.

– “¡Esto es compost!” – gritó. “Y lo que sale del recipiente, desde el compost es un girasol: una flor. La he plantado yo y he conseguido que crezca. Y ¿sabéis por qué he conseguido que crezca?” – continuó sin esperar respuesta – “¡He conseguido que crezca porque es posible! ¡Aún no es demasiado tarde! Si nos lo proponemos todos juntos, conseguiremos que crezcan plantas por toda Jonia. Pero, para conseguir eso, tenemos que ayudarnos unos a otros.”

– “Pero ¿de qué habla?” – gritó una voz al fondo, entre la multitud. “¡Yo no veo ninguna flor!”

– “Ni yo huelo ninguna” – dijo otra voz.

– “Pues yo sí” – gritó una voz de niña cerca del árbol. “Ahora podréis verla y olerla.”

Rubén levantó el recipiente por encima de su cabeza, tan alto como pudo. Un murmullo salió de la multitud. Todo el mundo miraba hacia el estanque. Ramón se volvió hacia allí y parpadeó varias veces, para asegurarse de que no estaba soñando. En el estanque, detrás de él, vio un girasol que debía tener por lo menos cinco metros de alto. La suave fragancia de la flor perfumaba el hedor de del aire contaminado de Jonia. Nadie habló, pero todos miraron y olieron y el silencio en el parque era más hermoso que cualquier clase de tranquilidad que nadie hubiera experimentado antes.

La primera en hablar fue una niña pequeña. Bueno, no habló: se puso a cantar. Su voz era dulce, pero lo suficientemente fuerte para que todos la oyeran.

– “Imagina la vida como un juego  
Compartido  
En un planeta donde es agradable estar...”

Unos pocos empezaron a cantar con ella.

“Imagina que fuéramos hojas  
Yemas, ramas, flores, nidos,  
Y, de todos nuestros sueños,  
El tronco fuera el hogar.”

Ahora más de un centenar de jonianos estaban cantando:

“Deja a nuestro planeta vivir  
y siempre podrá seguir  
Girando en el cielo azul  
Suaves gotas caerán  
Y aire fresco nos dará  
La peonza gira y gira  
Y con ella giras tú.”

El sol estaba empezando a salir. Los jonianos se habían ido, pero los Gurús de la Lluvia todavía estaban en el parque. Estaban sentados alrededor de un fuego que habían hecho con cartones vacíos de leche. Aunque estaban satisfechos del rumbo que habían tomado las cosas, sabían que los problemas de Jonia estaban lejos de haber sido solucionados. No todo el mundo se había dejado convencer por la flor de Rubén. Pero algunos sí y mañana habría más Gurús en el planeta de los que había habido nunca.

Rubén había explicado que había una habitación secreta en la casa del árbol, en la que había estado trabajando para conseguir que la planta creciese. Había hecho de eso su proyecto personal y había tenido éxito. La habitación secreta tenía su propia entrada y, cuando había oído las noticias cancelando el concurso y anunciando una asamblea, se deslizó afuera y encontró a Rita. Juntos habían planeado lo que Ramón pensó que era un sueño, pero que en realidad era un holograma tridimensional de la flor, proyectado en el aire. Y no había sido la flor en sí misma la que había sido expandida, sino, más bien, los sentidos de los jonianos. Por eso habían podido, no solamente verla, sino también aspirar su fragancia.

Cuando Raúl dijo que a él eso le parecía solo un truco y no un argumento, Rita le contestó que eso no tenía importancia y que lo importante era que los jonianos habían tenido una prueba, o más bien una intuición, de la flor. Renata estaba feliz de que su hermano no fuera un traidor y dijo que ella nunca creyó de verdad que lo fuera. Cuando Ramón le preguntó por qué le había encerrado en la casa del árbol, aunque no creyera que fuese un traidor, ella le contestó que solo lo hizo por estar del lado de la mayoría. Rubén le replicó que esperaba que ahora estuviese bien convencida. De todos modos, no hay mal que por bien no venga. Porque eso le había permitido estar solo un rato y le había dado tiempo para pensar. Y eso era lo que había hecho. Incluso había hecho un borrador para un nuevo decálogo de mandamientos jonianos.

El borrador de los diez mandamientos nuevos era como sigue:

1. Tienes que pensar en los demás.
2. No tienes que gastar más de lo necesario.
3. No debes tener todo lo que quieras: debes pensar si realmente lo necesitas.
4. No debes tener siempre la calefacción o el aire acondicionado funcionando: hazlo solo en las habitaciones que estés usando.
5. No debes dar la lata para que te lleven en coche al colegio.
6. Debes andar o ir en bici.
7. Debes separar los residuos, para que puedan ser reciclados.
8. Tienes que compartir con los demás.
9. Usa las energías renovables, mejor que el gas, el petróleo o la electricidad.
10. Puedes usar cepillo eléctrico.

Cuando Renata le preguntó por qué había añadido el mandamiento del cepillo eléctrico, él respondió que solo lo había hecho para demostrar que él no era ningún fanático. Los Gurús fanáticos no convencen a nadie. Renata iba a protestar, pero, cuando Regina dijo que estaba totalmente de acuerdo con Rubén, se guardó la protesta para sí misma.

Ramón se levantó sin decir nada. Hizo un guiño a Regina cuando sus ojos se encontraron, pero luego miró para otro lado. Ella estaba pensando lo mismo que Ramón. Tendría que haberse ido a la Tierra, porque ahora ya era cosa de los jonianos, lo que hicieran en su planeta. Miró hacia el cielo a través del agujero en el escudo de gas. Rita se había puesto de pie y también miraba a través del mismo agujero.

– “¿Qué es eso?” – preguntó.

Raúl y Renata se levantaron también.

– “A qué te refieres?” – preguntó Renata.

– “A eso que brilla allí arriba.” – dijo Rita.

Entonces se levantó Ramón.

– “¿Dónde?”

– “Más allá del escudo de gas” – dijo Rita.

Regina cogió a Ramón de la mano.

– “Es la Tierra” – dijo ella muy bajito.





Los ojos de Raúl brillaron con el reflejo del fuego.

- “Se está muriendo” siseó.
- “¡No!” – dijo Ramón. “¡Tenemos que salvarla!”

Cinco Gurús de la Lluvia salieron disparados hacia el cielo como flechas. Rubén se quedó en Jonia. Quizás era pequeño, pero estaba en lo cierto cuando decía que el tamaño no importa. Tenía grandes ideas sobre lo que se debía hacer en Jonia para que fuera un lugar agradable donde vivir. Quería continuar el esfuerzo de hacer de su parque un parque de verdad. Quería organizar un concurso cuyo primer premio fuera un buen baño en el Punto Negro. Lo ganaría el joniano o la joniana que usase más inteligentemente la energía. Y además quería establecer un foro de discusión en el que se mejoraran los diez mandamientos jonianos nuevos, que él mismo había esbozado.

Como dijo: “No salvaremos este planeta con sabotajes, mis queridos Gurús. Lo único que sirve es cambiar las actitudes de todos los jonianos.” Y, una vez dicho esto, les deseó un buen viaje y les dio un gran abrazo a cada uno, para proporcionarles suficiente energía para llevarlos a la Tierra. Les había dado unos abrazos muy grandes, pero, estaba tan lleno de energía, que aún le sobraba para llegar de un salto gigante al Cuartel General, en lugar de trepar, como siempre por el tronco del árbol.

Los cinco Gurús volaron en formación, uno al lado del otro, dándose la mano. Ramón miró a Regina, que volaba a su lado, y ella le sonrió.

– “Ya nos las arreglaremos” – le susurró. “Estoy segura de que sabremos qué hacer. Hay muchos Gurús de la Lluvia en la Tierra y aquí vamos cinco más.

Ramón no dijo nada, pero no lo tenía tan seguro como Regina. Ellos no eran cinco Gurús: solo eran cuatro. Rubén no era el traidor. Eso quería decir que tenía que ser uno de los otros, pero... ¿quién? ¿Regina? ¿Simuló ella haber sido hecha prisionera en la aero-casa y fue ella misma la que paró la aero-casa justo antes de que llegase a la cima de la colina? ¿Renata? ¿Creía ella verdaderamente que su hermano era un traidor o solo lo simuló para cubrirse a sí misma? ¿Raúl? ¿Por qué Óxido se había puesto tan hiperactivo aunque solo había recibido una pequeña dosis de spray? Había sido él quien había preparado la cantidad. ¿Rita? ¿Podía una experta en ordenadores ser una Gurú? Y ¿por qué se quedó Regina tan pálida cuando Rita la abrazó? ¿Sabía ella algo que él no sabía?

Estaba empezando a amanecer. Los primeros rayos del sol de la Tierra. Ramón miró hacia abajo. Vio la Tierra bajo él. Ahora no tintineaba, ni brillaba. Parecía completamente normal, como si nada fuera mal, pero algo iba definitivamente mal. Había enormes problemas y Ramón no sabía qué podía hacer él para solucionarlos.

Lo único que sabía a ciencia cierta era que tenía que tenía que buscar un arco iris.





## Los Gurús de la Lluvia

Los Gurús de la Lluvia es el libro para introducir el concepto que **Escan, junto con la Comunidad de Madrid**, quiere promover entre los escolares durante tres años.

Los Gurús de la Lluvia está diseñado para involucrar a los niños y adolescentes y provocar su interés en los temas energéticos. Este libro que cuenta la historia de los Gurús de la Lluvia, “La batalla de Jonia”, escrito por Klaus Hagerup, es el segundo de una trilogía. Así que ¡podéis esperar el tercero y último! El primero fue publicado en 2007, este segundo en 2008 y, la tercera parte, lo será en 2009.

El libro se distribuye en La Comunidad de Madrid, en los colegios que participan en el proyecto Kids4future. Los derechos de explotación del libro y del material del proyecto pertenecen a Escan,s.a.

A continuación se pueden encontrar temas de discusión que pueden ser tratados en las aulas, así como ideas de cómo puede el profesor servirse del libro.

Posibles temas de debate:

.....

**1.** En Jonia, los ciudadanos están utilizando hasta la extinción sus fuentes de energía. ¿O no? ¿Qué otras fuentes de energía pueden ser usadas cuando se acaben el gas y el petróleo?

*Encontrad que fuentes de energías tenemos nosotros y cuál es la diferencia entre las renovables y las no renovables. Debatir sobre la importancia de descubrir y empezar a usar nuevas fuentes de energía renovables, antes de que las no renovables se hayan casi agotado.*

**2.** ¿Separamos las basuras? ¿Qué entendemos por “biodegradable”? ¿Cómo pueden tratarse los desperdicios para crear energía nuevamente?

*Descubrir qué clase de materiales de desecho producimos y el daño que pueden producir si contaminan la naturaleza. También, qué clase de desperdicios pueden ser tratados o reutilizados. En qué medida puede nuestra escuela reutilizar, reducir o reciclar residuos. También puede tratarse de obtener información acerca de cómo pueden tratarse los residuos para obtener energía de nuevo.*

**3.** En Jonia se usa la electricidad para muchas cosas. ¿Podéis encontrar ejemplos en que se use la electricidad para propósitos innecesarios? ¿Podéis encontrar ejemplos en que el uso de la electricidad no produzca ni beneficios ni diversión?

.....

¿Usamos nosotros más electricidad de la necesaria en nuestro colegio o en nuestra casa? Encontrad ejemplos de cómo usar menos electricidad, sin que ello suponga una diferencia significativa en nuestra forma de vida.

*Encuentra las formas más efectivas posibles de disminuir el consumo de Energía, de la forma más simple. Hablad sobre las consecuencias que el Menor consumo de energía puede acarrear. ¿Son negativas, positivas, o de ambas clases?*

**4.** Jonia y la Tierra son muy similares en muchos aspectos. Hay montañas y lagos en ambos planetas y la gente que vive allí tiene el mismo aspecto que nosotros. ¿Cuáles son las diferencias más significativas entre los jonianos y los terrícolas?

*Se pueden hacer maquetas o dibujos de los dos planetas si lo deseas*

**5.** Rubén se quedó en Jonia para continuar el intento de hacer del planeta un lugar agradable para vivir. Una de las cosas que quiere hacer es convencer a los jonianos de que adopten 10 mandamientos nuevos para el buen uso de la energía. Hasta hizo un esbozo de ellos. Mirad a ver si podéis ayudar a los jonianos a elegir buenos mandamientos: a lo mejor se ha quedado alguno importante sin poner, o han incluido alguno que no haga falta.

.....

Os agradeceríamos que nos enviaseis cualquier información contándonos cómo está trabajando vuestro colegio sobre estos temas. Especialmente nos gustaría recibir información sobre experiencias divertidas. También estamos interesados en dibujos y fotos de vuestros grupos de trabajo.

Para más información sobre los Gurús de la Lluvia, véase: <http://www.losgurusedelluvia.com>

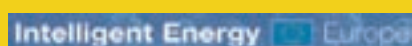
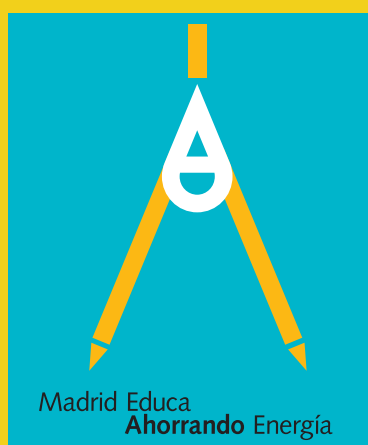


## La Peonza Musical - Parte 2

¿Cómo puede un niño pequeño salvar de la destrucción un planeta entero? Ramón no es exactamente pequeño, pero no se siente lo suficientemente grande como para afrontar una tarea de esa envergadura. En Jonia, los cuatro Gurús que hay, esperan que él sea capaz de salvarlos a ellos, al planeta y al resto de los jonianos. Él necesita la ayuda de más Gurús, de eso está seguro. Y la única Gurú de la que tiene noticia en la Tierra es Rosa Ronda, de su clase, y ¿qué podría hacer ella? Su mente no produce sino pensamientos deses- perados mientras vuela en su peonza desde Jonia a la Tierra. Ninguno de esos pensamientos le proporciona una posible solución.



Con el apoyo de:



El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la opinión de la Comunidad Europea. La Comisión Europea no es responsable de cualquier posible uso que se realice de la información de este libro.